

Alicia en el país de las maravillas

Carroll, Lewis

Libro descargado de <https://www.elejandria.com>

Podrás encontrar muchos más clásicos de la literatura universal en nuestra web

Argumento

El cuento está lleno de alusiones satíricas a los amigos de Dodgson, a la educación inglesa y a temas políticos de la época. El país de las maravillas es fundamentalmente creado a través de juegos de lógica, tan particulares, que la obra ha gozado durante décadas de una popularidad extraordinaria, en los públicos más variados, y ha sido llevada varias veces al cine y la animación.

Contenido

I - Cayendo por la madriguera	4
II - Un charco de lágrimas	10
III - Una carrera de comité y una historia que trae cola	17
IV - El Conejo manda un recado	28
V - Consejo de una oruga	36
VI - Marrano y pimienta	45
VII - Una merienda de locos	55
VIII - La cancha de croquet de la Reina	66
IX - La historia de la Símil Tortuga	75
X - La Cuadrilla de la Langosta	84
XI - ¿Quién se robó las tartas?	96
XII - El testimonio de Alicia	104

I - Cayendo por la madriguera

Alicia estaba empezando a aburrirse allí sentada en la orilla junto a su hermana, sin tener nada que hacer; había echado un par de ojeadas al libro que esta leía, pero no tenía dibujos ni diálogos, y «¿para qué puede servir un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia.

De modo que estaba deliberando consigo misma (lo mejor posible, porque el día caluroso la hacía sentirse soñolienta y boba), tratando de decidir si el placer de hacer una guirnalda de margaritas justificaba el esfuerzo de ponerse de pie y recoger las flores, cuando de pronto pasó corriendo muy cerca de ella un conejo blanco de ojos rojos.

Eso no tenía nada de *demasiado* particular, y tampoco le pareció demasiado desacostumbrado a Alicia que el Conejo se dijese:

—¡Ay, ay, ay, que llego tarde!

(Fue sólo mucho después, cuando volvió a pensar en eso, que se le ocurrió que habría debido desconcertarse; en ese momento le pareció bastante natural). Pero cuando el Conejo *sacó un reloj del bolsillo del chaleco* —nada menos—, lo miró y después apuró el paso, Alicia se puso de pie de un salto porque de golpe se le cruzó por la mente que jamás había visto antes a un conejo con bolsillo de chaleco ni con reloj para sacar de ese bolsillo y, ardiendo de curiosidad, corrió por el campo en su persecución, y llegó justo a tiempo para verlo desaparecer por una gran madriguera que había debajo del cerco.

Un instante después iba Alicia tras de él, sin pensar ni por un momento cómo se las iba a ingeniar para volver a salir.

La madriguera se prolongaba primero en línea recta, como un túnel, y luego se hundía de pronto, tan de pronto que Alicia no había tenido siquiera tiempo de empezar a pensar en detenerse cuando ya se encontró cayendo en lo que parecía ser un pozo muy profundo.

Una de dos, o el pozo era muy profundo o ella caía muy lentamente... porque —mientras caía— tuvo todo el tiempo del mundo para mirar a su alrededor, y para preguntarse qué pasaría después. Primero trató de mirar hacia abajo y de averiguar hacia dónde se dirigía, pero estaba

demasiado oscuro para ver nada. Después miró las paredes del pozo y notó que estaban atestadas de armarios y bibliotecas; de tanto en tanto había mapas y cuadros colgados de clavos. Recogió al pasar un tarro de uno de los estantes; la etiqueta decía Mermelada de naranjas pero, para gran desilusión suya, estaba vacío. No quiso dejarlo caer por miedo de matar a alguien allá abajo, así que se las arregló para colocarlo en uno de los armarios que iban desfilando en su caída.

«¡Bueno —pensó Alicia para sus adentros— después de una caída como esta me va a parecer un chiste bajar rodando por las escaleras! ¡Qué valiente voy a parecerles a todos en casa! ¡Más todavía: no haría el menor comentario ni aunque me cayese del techo de la casa!», (lo que no dejaba de ser muy probablemente cierto).

Abajo, abajo, abajo. ¿No iba a terminar *nunca* esa caída?

—Me pregunto cuántas millas habré caído ya —dijo en voz alta—. Debo de andar cerca del centro de la Tierra. Veamos un poco: eso serían unas cuatro mil millas de profundidad, me parece... (porque, como bien se ve, Alicia había aprendido muchas cosas de este tipo en las clases de la escuela y, aunque no era esa una oportunidad demasiado adecuada para hacer ostentación de sus conocimientos, ya que no había nadie para escucharla, repetir las lecciones no dejaba de ser un ejercicio muy útil)... sí, creo que es esa más o menos la distancia, pero entonces me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado... (Alicia no tenía la más remota idea de qué significaban «latitud» y «longitud», pero consideraba que esas palabras sonaban encantadoramente imponentes).

Pronto volvió a empezar:

—¡Me pregunto si no terminaré por *traspasar* toda la Tierra^[3]! ¡Qué cómico sería aparecerme en medio de esa gente que camina de cabeza! Los Antipáticos, o algo así... (se alegró bastante de que no hubiese nadie escuchando esta vez porque esa palabra no le sonaba para nada), pero voy a tener que preguntarles el nombre del país, claro está. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelandia o en Australia?, (y trató de hacer una reverencia mientras hablaba... ¡qué les parece, haciendo reverencias mientras uno se está cayendo en el vacío! ¿Ustedes serían capaces?). Y ¡qué nena ignorante les voy a parecer cuando haga esa pregunta! No, me parece que preguntar no es lo más adecuado; en una de esas lo veo escrito en algún sitio.

Abajo, abajo, abajo. No había ninguna otra cosa que hacer, así que Alicia no tardó en ponerse a hablar nuevamente.

—Dinah^[4] me va a extrañar mucho esta noche, me parece. (Dinah era la gata). Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Ay, Dinah querida! ¡Ojalá estuvieses aquí abajo conmigo!, me temo que no hay ratones en el aire, pero podrías cazar un murciélago, y los murciélagos se parecen mucho a los ratones ¿sabías? Pero no estoy tan segura de que los gatos coman murciélagos.

Aquí Alicia empezó a adormilarse un poco y siguió diciéndose como entre sueños:

—¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?

Y a veces:

—¿Comen gatos los murciélagos?^[5]

Porque, ¿saben?, como no podía responder a ninguna de las dos preguntas, no importaba demasiado el modo en que las formulase.

Tuvo la sensación de que se estaba adormeciendo y apenas había empezado a soñar que estaba caminando de la mano con Dinah y preguntándole con gran ansiedad: «Quiero que me digas la verdad, Dinah, ¿te comiste alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡pof!, ¡pof!, aterrizó en un montón de ramas y hojas secas y terminó la caída.

Alicia no se había lastimado en absoluto y enseguida se puso de pie de un salto. Levantó los ojos, pero arriba estaba todo muy oscuro; delante de ella se extendía otro largo pasillo, por el que aún podía divisarse al Conejo Blanco que se alejaba apurado. No había ni un momento que perder: allá se precipitó Alicia, rápida como el viento, y llegó justo a tiempo para oírle decir mientras doblaba un recodo:

—¡Por mis orejas y mis bigotes! ¡Qué tarde se me está haciendo!

Alicia estuvo por alcanzarlo al llegar al recodo, pero en cuanto pegó la vuelta ya no lo vio más por ninguna parte, y se encontró en un vestíbulo largo y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

El vestíbulo estaba rodeado de puertas, pero todas estaban cerradas, y, después de recorrerlas una por una, de la primera a la última, para ver si alguna se abría, Alicia volvió tristemente al centro del vestíbulo, preguntándose cómo iba a hacer para salir de allí.

De pronto se encontró con una mesita de tres patas, toda de vidrio macizo. No había en ella más que una diminuta llavecita dorada, y la primera idea que se le cruzó a Alicia por la cabeza fue la de que esa llavecita podía corresponder a alguna de las puertas del vestíbulo. Pero ¡qué pena!, o bien las cerraduras eran demasiado grandes o la llave demasiado pequeña: lo cierto es que no podía abrir ninguna de esas puertas. Sin embargo, en su segunda recorrida se tropezó con una cortina baja que no había visto antes y detrás de ella encontró una puertita de unas quince pulgadas de alto. Alicia probó la llavecita dorada y, para su gran alegría, ¡entraba en la cerradura!

Abrió la puerta y vio que daba a un pasillito apenas más amplio que una ratonera; se agachó y allá al fondo, del otro lado del pasillo, estaba el más hermoso jardín que Alicia hubiese visto nunca. ¡Qué ganas tenía de escaparse de ese vestíbulo oscuro y pasearse por esos macizos de flores refulgentes y por esas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por el vano.

«Y aunque *pudiese* pasar la cabeza —pensó la pobre Alicia—, de poco me serviría sin los hombros. ¡Ay, cómo me gustaría plegarme como un telescopio! Creo que podría hacerlo si tan solo supiese cómo empezar».

Porque, como ustedes comprenderán, eran tantas las cosas desacostumbradas que le habían sucedido a Alicia últimamente que había empezado a pensar que eran pocas las realmente imposibles.

Parecía inútil quedarse esperando junto a la puertita, de modo que volvió a la mesa, con la secreta esperanza de encontrar alguna otra llave, o al menos un manual con instrucciones para plegar gente como si fuesen telescopios. Esta vez encontró una botellita («que estoy segura de que no estaba allí antes», dijo Alicia), con una etiqueta colgada del cuello y la palabra BÉBEME primorosamente impresa con grandes caracteres.

Estaba muy bien eso de decir «Bébeme», pero la prudente Alicita no iba a obedecer así como así.

—No, primero voy a mirar bien —dijo—, para ver si no dice «veneno».

Porque Alicia conocía muchos simpáticos cuentitos acerca de niños que habían resultado quemados, devorados por animales salvajes y otras cosas desagradables solo porque no habían querido acordarse de los sencillos preceptos que les habían enseñado sus amigos, como ser, que si uno sostiene *demasiado* rato con la mano un atizador al rojo vivo acaba por quemarse, y que si uno se hace un tajo *muy* profundo en el dedo con un cuchillo casi seguro que sangra. Y otra cosa que Alicia siempre había tenido presente era eso de que si uno bebe demasiado de una botella que dice «veneno» lo más probable es que a la larga le caiga pesado.

Sin embargo esta botella *no* decía «veneno», así que Alicia se atrevió a probar y, como le sintió muy rico gusto (en realidad, un sabor combinado de tarta de cerezas, flan, ananá, pavo asado, almíbar y tostada caliente con manteca), enseguida lo terminó.

—¡Qué rara me siento! —dijo Alicia—. ¡Debo de estar plegándome como un telescopio!

Y así era nomás: ahora no medía más que diez pulgadas y la cara se le iluminó cuando pensó que tenía el tamaño exacto para pasar por la puertita y llegar al precioso jardín. Sin embargo, primero esperó unos minutos más para ver si seguía encogiéndose; se sentía un poco nerviosa cuando pensaba en esa posibilidad.

—Porque podría terminar por apagarme del todo, como una vela —se decía Alicia—. Y ¿qué aspecto tendría yo entonces?, eso querría saber —y trató de preguntarse qué aspecto tenía la llama de una vela apagada, porque no podía recordar haber visto jamás nada semejante.

Después de un tiempo, cuando vio que nada nuevo sucedía, decidió irse derecho al jardín, pero ¡pobre Alicia, qué pena!, cuando llegó a la puerta notó que se había olvidado la llavecita, y cuando volvió a la mesa para buscarla se dio cuenta de que de ningún modo podía alcanzarla: la veía con toda claridad a través del vidrio e hizo todos los esfuerzos posibles por treparse por una de las patas, pero resbalaba demasiado, y cuando se cansó de intentarlo se sentó en el suelo, pobrecita, y se puso a llorar.

—¡Vamos! ¿De qué sirve llorar así? —se dijo con bastante severidad—. ¡Te aconsejo que te calles de inmediato!

Por lo general Alicia se daba muy buenos consejos (aunque rara vez los seguía), y a veces se reprendía con tanto rigor que se hacía llenar los ojos de lágrimas; y recordaba haber tratado de darse una bofetada un día por haberse hecho trampa en un juego de croquet que jugaba contra ella misma, porque esta peculiar criatura encontraba un placer especial en simular ser dos personas a la vez.

«¡Pero ahora no me sirve de nada simular ser dos personas! —pensó la pobre Alicia—. ¡Si apenas quedó lo bastante de mí como para armar una sola persona como es debido!».

Muy pronto sus ojos tropezaron con una cajita de vidrio que había debajo de la mesa; la abrió y encontró en su interior un bizcocho diminuto con la palabra CÓMEME escrita con pasas de uva.

—Bueno, lo voy a comer —dijo Alicia—, y si me hace crecer voy a alcanzar la llave, y si me hace todavía más chiquita podré arrastrarme por debajo de la puerta; de cualquier modo voy a llegar al jardín ¡y no me importa lo que pase!

Comió un bocadito y se dijo con ansiedad:

—¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde? —mientras sostenía la mano por encima de la cabeza para controlar si crecía, y se sorprendió bastante cuando notó que seguía estando del mismo tamaño. No cabe duda de que eso es lo que sucede por lo general cuando uno come bizcochos, pero Alicia se había acostumbrado tanto a esperar solo cosas desacostumbradas que le parecía bastante tonto y aburrido que la vida siguiese su curso vulgar.

De modo que puso manos a la obra y muy pronto terminó el bizcocho.

II - Un charco de lágrimas

—¡Cada vez más extrañísimo! —gritó Alicia. (Estaba tan sorprendida que por el momento se había olvidado de cómo se hablaba correctamente)—. Ahora me estoy desplegando como el telescopio más gigante que haya existido nunca. ¡Adiós, pies! —(Porque, cuando bajó los ojos para mirarse los pies, estos ya estaban casi fuera del alcance de la vista, de tan lejos que se habían ido)—. ¡Ay, pobres piecitos míos! Vaya uno a saber quién se ocupará ahora de ponerles las medias y los zapatos. Yo, al menos, no voy a poder, estoy segura. Voy a estar demasiado lejos para ocuparme de ustedes: van a tener que arreglárselas lo mejor que puedan...

«Pero va a ser mejor que sea amable con ellos —pensó Alicia—; ¡si no en una de esas se niegan a caminar para donde yo quiero ir! A ver, a ver... Ya sé, les voy a regalar un par de botas nuevas todas las Navidades».

Y siguió haciendo planes de cómo se las iba a ingeniar.

«Voy a tener que mandarlas por encomienda —pensó—, ¡y qué raro me va a parecer eso de mandarles regalos a mis propios pies! ¡Y qué extrañas van a ser las direcciones!

Honorable Pie Derecho de Alicia

Alfombra de la Chimenea,

cerca del Guardafuegos.

(Con cariño, de Alicia)

¡Ay, Dios, qué tonterías estoy diciendo!».

En ese preciso momento la cabeza de Alicia golpeó contra el cielorraso del vestíbulo, y es que en realidad para entonces Alicia ya andaba midiendo algo más de nueve pies. Recogió de inmediato la llavecita dorada y fue corriendo hacia la puerta que daba al jardín.

¡Pobre Alicia! Lo más que pudo hacer fue tenderse de costado para mirar con un solo ojo hacia el jardín; había menos esperanzas que nunca de que pudiera atravesar la puerta. Alicia se sentó y se puso a llorar una vez más.

—¡Tendría que darte vergüenza! —dijo Alicia—. ¡Una grandota como tú (tenía todo el derecho de decirlo) llorando sin parar! ¡Te digo que te calles ahora mismo!

Pero siguió igual que antes, derramando galones de lágrimas hasta que terminó por quedar rodeada por un gran charco de unas cuatro pulgadas de profundidad y que cubría medio vestíbulo.

Un rato después Alicia oyó un golpeteo de pasitos a lo lejos y se secó apresuradamente los ojos para ver quién llegaba. Era el Conejo Blanco^[6], que volvía, suntuosamente vestido, con un par de guantecitos blancos en una mano y un gran abanico en la otra. Venía al trote, apurado, murmurando para sus adentros mientras se acercaba:

—¡Ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Ay, lo que no me va a decir por haberla hecho esperar!

Alicia se sentía tan desesperada, que estaba dispuesta a pedir ayuda a cualquiera, de modo que, cuando el Conejo se acercó hacia donde ella estaba, empezó a decir en voz baja y con timidez:

—Señor, por favor...

El Conejo se sobresaltó, dejó caer los guantecitos blancos y el abanico y se escurrió en la oscuridad lo más rápido que pudo.

Alicia recogió el abanico y los guantes y, como hacía mucho calor en el vestíbulo, empezó a abanicarse, y siguió abanicándose sin cesar mientras hablaba:

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué raro que es todo hoy! Y pensar que ayer todo sucedía como de costumbre. Me pregunto si no me habrán cambiado durante la noche. A ver, déjenme pensar

un poco: ¿era la misma yo cuando me levanté esta mañana? Casi casi me parece recordar que me sentía un poco distinta. Pero, si no soy la misma, la pregunta que sigue es: ¿entonces quién vengo a ser? ¡Ay, esa es la gran incógnita!

Y empezó a recordar a todas las chicas de su misma edad que conocía, para ver si la habrían cambiado por alguna de ellas.

—Estoy segura de que no soy Ada —dijo—, porque ella tiene bucles largos y yo no tengo ni un solo rulito: y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé un montón de cosas y ella... bueno, ¡ella sabe tan poquito! Además *ella es ella y yo soy yo*, y... ¡Ay, Dios mío, qué difícil es entender todo esto! Voy a hacer una prueba, a ver si sé todas las cosas que solía saber. A ver... cuatro por cinco es doce y cuatro por seis es trece y cuatro por siete es... ¡ay, no! ¡Así no voy a llegar nunca a veinte!^[7] Pero la tabla de multiplicar no significa nada; vamos a probar con geografía. Londres es la capital de París y París es la capital de Roma y Roma... ¡ay, no, está *todo* mal! ¡Estoy segura! ¡Deben de haberme cambiado por Mabel! Voy a recitar *¡Cómo aumenta la abejita!*

Y Alicia cruzó los brazos sobre la falda, como si estuviese dando lección y empezó a repetir la poesía. Pero la voz le sonaba ronca y extraña y las palabras no parecían fluir del modo acostumbrado:

¡Cómo aumenta el cocodrilo

el resplandor de su cola

derramando agua del Nilo

sobre sus escamas todas!

¡Qué sonrisa tan alegre!

¡Qué zarpazos tan sutiles,

cuando recibe a los peces

con mandíbulas gentiles!^[8]

—Estoy segura de que esas no son las palabras correctas —dijo la pobre Alicia, y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas mientras seguía hablando—. Y sí, debo de ser Mabel nomás, y voy a tener que irme a vivir a esa casita de morondanga, sin juguetes y, ¡ay, Dios!, siempre llena de lecciones para estudiar. ¡Ah, no! Estoy decidida: ¡si soy Mabel me quedo aquí abajo! Y de nada va a servir que asomen sus cabezas para mirar hacia el fondo y digan «¡Vamos, sube, querida!»». Lo único que voy a hacer es levantar la cabeza y preguntar: «¿Yo quién soy? Primero díganme eso y después, si me gusta ser esa persona, salgo; si no, me quedo aquí abajo hasta ser otra»... pero ¡ay, Dios mío! —gritó Alicia con un súbito acceso de lágrimas—. ¡Cómo me gustaría que asomasen las cabezas! ¡Estoy tan cansada de estar sola aquí abajo!

Al decir esto se miró las manos y se sorprendió al ver que se había puesto uno de los guantecitos del Conejo mientras hablaba.

«¿Cómo habré podido hacerlo? —pensó—. Debo de estar achicándome otra vez».

Se puso de pie y fue hasta donde estaba la mesa para medirse con ella y se encontró con que, según sus cálculos, medía unos dos pies, y seguía encogiéndose vertiginosamente. Pronto se dio cuenta de que la causa era el abanico que tenía en la mano y lo dejó caer de inmediato, justo a tiempo para salvarse de encoger del todo.

—¡Eso sí que es salvarse por un pelo! —dijo Alicia, bastante asustada por el súbito cambio, pero muy contenta de seguir figurando entre las cosas existentes.

—¡Ahora, al jardín!

Y volvió a toda velocidad hasta la puertita, pero ¡qué lástima!; la puertita estaba cerrada nuevamente y la llavecita dorada estaba sobre la mesa de vidrio, como antes.

«Y todo anda peor que nunca —pensó la pobre criatura—, porque jamás había sido tan chiquita como ahora ¡jamás! ¡Y la verdad es que es algo horrible, horrible!».

Al decir estas palabras resbaló con uno de sus pies y ¡plash!: un instante después estaba hundida hasta el mentón en agua salada. La primera idea que se le cruzó por la cabeza fue la de que de algún modo u otro se había caído en el mar.

—En ese caso puedo volver por tren —se dijo.

(Alicia había ido a la playa una sola vez en su vida y había llegado a la conclusión de que, en cualquier punto de la costa de Inglaterra, había unas cuantas máquinas para bañarse en el mar^[9], algunos chicos haciendo pozos en la arena con palitas de madera, después una hilera de casas de hospedaje y, detrás de todo eso, la estación del ferrocarril). Sin embargo no tardó en darse cuenta de que estaba en el charco de lágrimas que había llorado cuando medía nueve pies.

—¡Ojalá no hubiese llorado tanto! —dijo Alicia mientras nadaba de un lado al otro, tratando de encontrar la salida—. Supongo que ahora estoy sufriendo el castigo que me merezco: ahogarme en mis propias lágrimas. ¡Eso sí que va a ser algo raro! Aunque, en realidad, todo es muy raro hoy...

En ese preciso instante oyó que algo se zambullía en el charco a alguna distancia de donde ella estaba, y se acercó nadando para averiguar de qué se trataba. Al principio pensó que podía muy bien ser una morsa, o un hipopótamo, pero después recordó su propia pequeñez y muy pronto descubrió que era solo un ratón, que se había resbalado, igual que ella.

«¿Valdrá la pena que le hable a este ratón? —pensó Alicia—. Todo es tan desacostumbrado aquí que no me extrañaría nada que supiese hablar. Sea como sea no pierdo nada con intentarlo».

De modo que empezó a decir:

—¡Oh, Ratón! ¿Conoce usted el modo de salir de este charco? Estoy muy cansada de nadar de aquí para allá, ¡oh, Ratón!

(Alicia pensaba que ese era el modo correcto de dirigirse a un ratón; en realidad era la primera vez que lo hacía, pero recordaba haber leído en la Gramática Latina de su hermano «Un ratón — del ratón — para el ratón — al ratón — con el ratón — ¡oh, ratón!»).

El Ratón la miró con aire un poco inquisitivo y a Alicia le pareció que le guiñaba uno de sus ojitos, pero no dijo nada.

—En una de esas no entiende inglés —pensó Alicia—. En una de esas es un ratón francés que llegó con Guillermo el Conquistador.

(Y es que, a pesar de todos sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea demasiado clara de cuánto hacía que habían sucedido las cosas).

De modo que empezó de nuevo:

—*Où est ma chatte?*, (que era la primera oración de su libro de francés).

El Ratón pegó un súbito brinco en el agua y pareció estremecerse de miedo.

—¡Oh, discúlpeme! —se apresuró a gritarle Alicia, temerosa de haber herido los sentimientos del pobre animal—. Me olvidé de que a usted no le gustan los gatos.

—¡Que no me gustan los gatos! —chilló el Ratón con voz atiplada y llena de pasión—. ¿Te gustarían a ti los gatos si estuvieses en mi lugar?

—Bueno, tal vez no —dijo Alicia en tono amistoso—, no se enoje por eso. Sin embargo me gustaría que conociese a nuestra gata Dinah. Creo que empezaría a tomarles cariño a los gatos si sólo pudiese conocerla. Es un tesoro —siguió diciendo Alicia un poco para sus adentros mientras nadaba perezosamente por el charco—, la viera... tan tranquilita cuando se queda sentada ronroneando junto al fuego, tan amorosa, se lame las patitas y se lava la cara... y es tan suavcita cuando uno la tiene en brazos... y es una verdadera campeona para cazar ratones... ¡ay, disculpe! —gritó Alicia de nuevo, porque esta vez el Ratón estaba todo erizado y Alicia estaba segura de que debía de estar verdaderamente ofendido—. Si prefiere no volvemos a hablar de ella.

—No *volvemos* a hablar... ¡qué descaró! —gritó el Ratón, que temblaba desde la cabeza hasta la punta de la cola—. ¡Cómo si yo sacase esos temas! Nuestra familia ha odiado siempre a los gatos: ¡criaturas asquerosas, despreciables, vulgares! ¡No vuelvas a mencionarme esa palabra!

—No lo voy a hacer más —dijo Alicia, muy apurada por cambiar de tema de conversación—. ¿Le... le gustan los... los... perros?

El Ratón no contestó, de modo que Alicia arremetió con entusiasmo.

—¡Hay un perrito de lindo cerca de casa! ¡Me gustaría que lo conociese! Un fox terrier de ojos brillantes ¿vio?, con mucho pelo marrón y ¡todo lleno de rulitos! Y sabe ir a buscar las cosas que uno le arroja, y se sabe sentar en dos patas y pedir la comida, y muchas cosas más... ahora no me acuerdo ni de la mitad... Es de un granjero ¿sabe?, y él siempre dice que es muy útil, que vale un millón. Dice que le mata todas las ratas y... ¡ay, Dios! —gritó Alicia con voz apesadumbrada—. ¡Me parece que volví a ofenderlo!

Porque el Ratón ya se alejaba de ella nadando lo más enérgicamente que le era posible y agitando bastante el charco mientras avanzaba.

Alicia lo llamó con suavidad:

—¡Ratoncito querido! ¡Vuelva, por favor, que no vamos a hablar más de gatos ni de perros si a usted no le gusta!

Cuando el Ratón escuchó esto dio media vuelta y nadó lentamente hacia Alicia. Tenía la cara bastante pálida (por la emoción, pensó Alicia) y dijo en voz baja y temblorosa:

—Vayamos hasta la orilla y te voy a contar mi historia; así vas a entender por qué odio a los gatos y a los perros.

Ya era hora de salir, porque el charco estaba bastante atestado de pájaros y animales que habían caído en él. Había un Pato y un Dodo, un Loro y un Aguilucho, y muchas otras criaturas de lo más extrañas. Alicia encabezó la marcha y toda la compañía nadó hacia la costa.

III - Una carrera de comité y una historia que trae cola

No cabe duda de que el grupo reunido en la orilla era más bien estrafalario: los pájaros arrastrando sus plumas y los animales con el pelo pegado al cuerpo, y todos chorreando agua, enojados e incómodos.

La cuestión principal era, por supuesto, cómo secarse; se discutió el asunto y, unos minutos después, a Alicia le pareció bastante natural encontrarse hablando con ellos con toda confianza, como si los conociese de toda la vida.

Por cierto, se enfrascó en una larga discusión con el Loro, que terminó por enfurruñarse y repetir una y otra vez:

—Yo soy mayor que tú, así que sé más.

Y eso era algo que Alicia no estaba dispuesta a admitir sin antes saber la edad del Loro y, como el Loro se negaba rotundamente a confesarla, no hubo nada más que decir.

Por fin el Ratón, que parecía ser persona de alguna autoridad en el grupo, gritó:

—¡Siéntense todos y escúchenme! ¡Yo voy a secarlos bien sequitos enseguida!

Todos se sentaron en un amplio círculo, con el Ratón en el medio. Alicia no le quitaba los ojos de encima porque estaba segura de que, si no se secaba cuanto antes, iba a pescarse un resfrío de padre y señor nuestro.

—¡Ejem! —empezó el Ratón con aire de importancia—. ¿Están todos listos? Esto es lo más secante que conozco. Así que ¡silencio, por favor! «Guillermo el Conquistador, cuya causa contaba con el favor del Papa, recibió muy pronto la adhesión de los ingleses, que estaban faltos de jefes y demasiado habituados a la usurpación y la conquista en los últimos tiempos. Edwin y Morcar, condes de Marcia y Northumbria respectivamente...»^[12]

—¡Uf! —dijo el Loro con un escalofrío.

—¿Cómo dice? —preguntó el Ratón con el ceño fruncido pero con gran amabilidad—. ¿Decía algo?

—¡Yo no! —se apresuró a decir el Loro.

—Me pareció —dijo el Ratón—. Continúo: «Edwin y Morcar, condes de Marcia y Northumbria respectivamente, le otorgaron su apoyo; e incluso Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, encontrándolo aconsejable...

—¿Encontrando qué? ¿Qué fue lo que encontró? —preguntó el Pato.

—Encontrando *lo* —replicó el Ratón algo enojado—; supongo que sabrá lo que significa *lo*.

—Yo sé muy bien lo que significa *lo* cuando soy yo el que lo encuentra —dijo el Pato—; por lo general se trata de una rana o un gusano. Lo que me pregunto es qué encontró el arzobispo.

El Ratón no prestó atención a la pregunta sino que siguió diciendo apurado:

—... encontrándolo aconsejable, se dirigió con Edgar Atheling al encuentro de Guillermo y le ofreció la corona. La conducta de Guillermo fue moderada en un primer momento. Pero la insolencia de sus normandos...». ¿Qué tal estás ahora, queridita? —siguió diciendo, dirigiéndose a Alicia.

—Tan mojada como antes —dijo Alicia con tono melancólico—; no parece secarme en absoluto.

—En ese caso —dijo el Dodo solemnemente poniéndose de pie— dejó sentada la moción de que se dé por terminada la sesión y se proceda a la inmediata adopción de medidas más drásticas...

—¡Hable en cristiano! —dijo el Aguilucho—. No conozco el significado de la mitad de esas palabras tan largas y, lo que es más, creo que usted tampoco las conoce —y el Aguilucho inclinó la cabeza para ocultar una sonrisa.

Algunos otros pájaros se rieron abiertamente.

—Lo que yo iba a decir —dijo el Dodo con aire ofendido— es que lo mejor para secarse es una

carrera de comité.^[13]

—¿Qué es una carrera de comité? —preguntó Alicia.

No era que estuviese muy ansiosa por saber, pero el Dodo había hecho una pausa como si considerase que *alguien* tenía que preguntar y no parecía haber ningún otro dispuesto a hacerlo.

—Bueno —dijo el Dodo—, el mejor modo de explicarlo es haciéndolo.

(Y como es posible que ustedes puedan querer intentarlo un día de invierno voy a contarles cómo se las ingenió el Dodo).

Primero trazó una pista de carreras, una especie de círculo («la forma exacta no interesa», dijo), y después el grupo se distribuyó a lo largo de ella. No hubo nada de «preparados, listos ¡ya!», sino que cada cual empezaba a correr cuando se le ocurría y abandonaba cuando se le ocurría también. De ese modo no resultaba demasiado sencillo determinar cuándo había terminado la carrera. Sin embargo, cuando hacía ya una media hora que corrían y todos estaban bastante secos, el Dodo gritó de repente:

—¡Terminó la carrera!

Y todos se apiñaron alrededor de él, jadeantes y preguntando:

—Pero ¿quién ganó?

Esta fue una pregunta a la que el Dodo no pudo responder sin antes pensar largo rato. Y se quedó mucho tiempo quieto con el dedo apoyado en la frente (con la postura que solemos verle a Shakespeare en los retratos), mientras el resto esperaba en silencio. Por fin dijo:

—Todos ganaron y todos tienen que tener premio.

—Pero ¿quién va a entregar los premios? —preguntaron varios a coro.

—*Ella*, claro está —dijo el Dodo señalando a Alicia con un dedo.

Y todo el grupo se amontonó alrededor de Alicia gritando en forma confusa:

—¡Premios! ¡Premios!

Alicia no sabía qué hacer y, en su desesperación, se puso la mano en el bolsillo y sacó una caja de confites (por suerte no le había entrado agua salada) y los repartió como si fuesen premios. Hubo uno para cada uno, exactamente.

—Pero ella también tiene que tener premio ¿no es cierto? —dijo el Ratón.

—Claro —dijo el Dodo con toda seriedad—. ¿Qué más tienes en el bolsillo? —dijo, volviéndose a Alicia.

—Un dedal y nada más —dijo Alicia con tristeza.

—Dámelo acá —dijo el Dodo.

Entonces se amontonaron otra vez todos alrededor de ella mientras el Dodo le entregaba solemnemente el dedal y le decía:

—Te rogamos aceptes este elegante dedal.

Y cuando terminó su breve discurso todos vitorearon.

Alicia pensó que todo eso era muy absurdo pero los demás parecían tan serios que no se atrevió a reírse, y, como no pudo pensar en ninguna otra cosa que decir, hizo una reverencia y tomó el dedal con el aire más ceremonioso que pudo.

Acto seguido hubo que comer los confites. Eso provocó algún alboroto y confusión, ya que los pájaros más grandes se quejaban de que ni siquiera habían podido sentirle el gusto y los más chicos se atragantaban y había que palmearles la espalda.

Pero la ceremonia terminó por fin y volvieron a sentarse en círculo y le rogaron al Ratón que les contase algo más.

—Usted prometió contarme su historia ¿se acuerda? —dijo Alicia— y por qué odia a... a los G y a

los P —agregó en un murmullo, un poco temerosa de que el Ratón se ofendiese de nuevo.

—¡Es una larga y triste historia!, ¡una historia que trae cola!^[14] —dijo el Ratón volviéndose hacia Alicia y suspirando.

—Claro que trae cola ¡y qué cola! —dijo Alicia mirando la del Ratón—, pero ¿por qué triste?

Y no pudo dejar de pensar en la cola del Ratón mientras el Ratón hablaba, de modo que se imaginó la historia que trae cola de este modo:

Furia encontró a

un ratón, y le

dijo de impro-

viso: «Vayamos

los dos a juicio

que yo te voy a

pleitear... An-

dando, que no

hay excusas.

Vayamos al

tribunal, que

en este día in-

vernal no ten-

go nada que

hacer». «Un

juicio así, mi

señor, sin ju-

rados y sin

juez, es echar

tiempo a per-

der», le dijo

el Ratón al

can. «Yo se-

ré juez y

jurado»,

dijo Fu-

ria muy

sutil, y

te con-

deno a

morir

para

cum-

plir la

justi-

cia».^[15]

—¡No estás prestando atención! —le dijo el Ratón a Alicia con gran severidad—. ¿En qué estás pensando?

—Le pido disculpas —dijo Alicia humildemente—, creo que llegó a la quinta curva, me parece.

—¡No es así! Mucho dudo...^[16] —gritó el Ratón en tono chillón e irritado.

—¡Muchos nudos! ¡Se le hicieron muchos nudos! —dijo Alicia dispuesta ya a mostrarse útil y mirando ansiosamente a su alrededor—. Por favor, permítame que le ayude a deshacerlos...

—¡Nada de eso! —gritó el Ratón poniéndose de pie y alejándose—. Me insultas diciendo esas pavadas.

—No fue mi intención —suplicó la pobre Alicia—; usted se ofende con mucha facilidad, ¿sabe?

El Ratón no hizo más que gruñir como toda respuesta.

—¡Por favor, vuelva y termine su historia! —llamó Alicia.

Y los demás se le unieron en coro.

—¡Sí, por favor!

Pero el Ratón no hizo más que mover la cabeza con impaciencia y se alejó más rápidamente aún.

—¡Qué lástima que no se quede! —suspiró el Loro en cuanto se perdió de vista.

Y una Cangreja vieja aprovechó la oportunidad para decirle a su hija:

—¡Ay, queridita! ¡Que esto te sirva de lección! ¡No hay que perder los estribos!

—¡Cállate la boca, ma! —gritó la Cangrejita—. ¡Serías capaz de hacerle perder la paciencia a una ostra!

—¡Ojalá estuviese Dinah aquí! —dijo Alicia en voz alta y sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Ella sí que lo traería de vuelta enseguida!

—¿Y quién es Dinah, si se puede saber? —dijo el Loro.

Alicia respondió con mucho entusiasmo, porque estaba siempre dispuesta a hablar de su mascota:

—Dinah es nuestra gatita ¡y es una campeona para cazar ratones! ¡Usted ni se imagina! Y, otra cosa, me gustaría que la vieran perseguir pajaritos. ¡Con decirles que se los come en un santiamén!

Este discurso provocó una considerable agitación en el grupo. Algunos pájaros se alejaron de inmediato; una vieja Urraca empezó a arrojarse cuidadosamente y dijo:

—No voy a tener más remedio que irme a casa: el aire nocturno le sienta pésimo a mi garganta.

Y un Canario llamó con voz temblorosa a sus hijos:

—¡Vámonos, chiquitos! Ya es hora de estar en la cama.

Con diversos pretextos todos se fueron alejando y muy pronto Alicia se quedó sola.

—¡Ojalá no hubiese hablado de Dinah! —se dijo con tono tristón—. Parece que nadie la quiere acá abajo, y eso que estoy segura de que es el mejor gato del mundo. ¡Ay, Dinita querida! ¡No sé si volveré a verte!

Y aquí la pobre Alicia empezó a llorar de nuevo, porque se sentía muy sola y deprimida. Pero un instante después volvió a escuchar pasitos que venían de lejos y levantó la vista ansiosamente, con la secreta esperanza de que el Ratón hubiese recapacitado y estuviese volviendo para terminar su relato.

IV - El Conejo manda un recado

Era el Conejo Blanco, que volvía al trote lento mientras miraba ansiosamente hacia todos lados, como si hubiese perdido algo. Alicia oyó que murmuraba:

—¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Ay, mis patitas! ¡Ay mi pielcita y mis bigotes! Me va a mandar ejecutar, tan seguro como que hay hurones. ¿Dónde puedo haberlos dejado caer?

Alicia adivinó enseguida que el Conejo estaba buscando el abanico y el par de guantecitos y con toda buena voluntad empezó a buscarlos, pero no aparecían por ninguna parte. Daba la impresión de que todo había cambiado desde su zambullida en el charco, y el gran vestíbulo con la mesa de vidrio y la puertita habían desaparecido por completo.

No pasó mucho tiempo antes de que el Conejo viese a Alicia, que andaba buscando por todos lados, y la llamase con tono enojado:

—¡Cómo, Mary Ann! ¿Qué está haciendo usted aquí? ¡Corra a casa y búsqueme un par de guantes y un abanico! ¡Rápido, vamos!

Y Alicia se asustó tanto que salió corriendo sin perder tiempo en la dirección que le indicaba el Conejo, sin tratar de explicarle el error que había cometido.

—Me confundió con su mucama —se dijo mientras corría—. ¡Qué sorpresa se va a llevar cuando se dé cuenta de quién soy! Pero va a ser mejor que le lleve el abanico y los guantes... Es decir, si los encuentro...

Mientras decía esto se topó con una casita muy prolija en cuya puerta había una placa de bronce reluciente que tenía grabado el nombre C. Blanco. Alicia entró sin golpear y subió a toda velocidad las escaleras, muy temerosa de encontrarse con la verdadera Mary Ann y de que la echasen de la casa antes de haber encontrado el abanico y los guantes.

—¡Qué extraño me parece esto de hacer de mensajera de un conejo! —se dijo Alicia—. Supongo que en cualquier momento me va a mandar Dinah con algún encargo.

Y empezó a imaginarse lo que podría llegar a suceder:

«¡Señorita Alicia! ¡Venga aquí de inmediato y prepárese para su paseo!». “Enseguida voy, señorita. Pero tengo que vigilar esta ratonera hasta que vuelva Dinah, para que el ratón no se escape”. Solo que no creo que la dejaran seguir de pensionista a Dinah si se le diera por empezar a darle órdenes a la gente de ese modo».

Para entonces Alicia ya había logrado llegar hasta una piecita muy pulcra que tenía una mesada junto a la ventana, y sobre la mesada (tal como ella se esperaba) había un abanico y dos o tres pares de guantecitos blancos: Alicia recogió el abanico y un par de guantecitos y ya estaba por irse de la habitación cuando sus ojos tropezaron con una botellita que había cerca del espejo.

Esta vez no había ninguna etiqueta que dijera BÉBEME pero de todos modos Alicia sacó el corcho y acercó la botella a sus labios.

—Lo único que sé es que siempre me ocurre *algo* interesante cuando como o bebo algo —se dijo—, así que voy a ver qué pasa con esta botella. ¡Espero sinceramente que vuelva a hacerme crecer porque estoy bastante cansada de ser una cosita tan insignificante!

Y la hizo crecer nomás, y mucho antes de lo que ella esperaba. Antes de llegar a la mitad de la botella se encontró con la cabeza apretada contra el cielorraso y tuvo que agacharse para que no se le quebrara el pescuezo. Dejó de inmediato la botella y se dijo:

—Ya es suficiente... espero no crecer más... Así como estoy no puedo salir por la puerta... ¡Ojalá no hubiese bebido tanto!

¡Qué lástima! ¡Era demasiado tarde para desearlo! Alicia siguió creciendo y creciendo y pronto tuvo que arrodillarse en el suelo; un minuto más y ya no tuvo sitio ni siquiera para eso, así que probó de tirarse al suelo con un codo contra la puerta y el otro brazo rodeando la cabeza. Pero seguía creciendo; como último recurso sacó un brazo por la ventana y un pie por la chimenea y se dijo:

—Ahora sí que no puedo hacer nada más, pase lo que pase. ¿Qué va a ser de mí?

Afortunadamente para Alicia la botellita mágica ya había agotado su efecto y ella dejó de crecer. De todos modos resultaba sumamente incómodo y, como no parecía haber ni la menor oportunidad de volver a salir nunca de esa habitación, no es de extrañar que Alicia se sintiese muy desdichada.

«Era mucho más lindo en casa —pensaba la pobre Alicia—; allí una no andaba agrandándose y achicándose todo el tiempo ni había ratones ni conejos que le dieran órdenes a una. Casi casi estoy arrepentida de haber bajado por la madriguera... aunque... aunque... ¡es bastante especial una vida como esta!, ¿no? Lo que sigo sin explicarme es qué *pudo* haberme pasado. Cuando me leían cuentos de hadas este tipo de cosas no sucedían nunca, me parece... ¡y pensar que ahora estoy adentro de uno de esos cuentos! ¡Debería de haber un libro acerca de mí, eso debería de haber! Y cuando crezca voy a escribir uno...».

—Pero ya crecí —agregó con voz apenada—; al menos aquí no tengo sitio para crecer más.

«Pero entonces —pensó— ¿nunca voy a ponerme más vieja de lo que soy ahora? Sería un consuelo, en cierto modo... no llegar nunca a vieja... pero entonces ¡siempre tendría lecciones para aprender! ¡Ah, no, eso sí que no me gusta nada!».

—¡Pero qué tonta, Alicia! —se contestó ella misma—. ¿Cómo podrías aprender lecciones aquí adentro? Si apenas hay lugar para ti y nada de lugar para los libros de texto.

Y así siguió, adoptando unas veces un papel y otras otro y armando una conversación. Pero un rato más tarde escuchó una voz afuera y se interrumpió para prestar atención.

—¡Mary Ann! ¡Mary Ann! —decía la voz—. ¡Tráigame mis guantes de inmediato!

Después se oyó un golpeteo de pasitos en la escalera. Alicia sabía que era el Conejo, que venía a buscarla, y tembló hasta hacer estremecer la casa, sin acordarse de que ahora era mil veces más grande que el Conejo y no tenía ningún motivo para temerle.

El Conejo llegó enseguida hasta la puerta y trató de abrirla; pero, como la puerta se abría hacia adentro y Alicia tenía el codo apretado contra ella, sus intentos culminaron en un fracaso y Alicia lo oyó decirse:

—Entonces voy a ir por la ventana.

«¡No vas a hacer nada de eso!», pensó Alicia.

Y después de esperar hasta que creyó oír que el Conejo estaba justo debajo de la ventana abrió de golpe la mano y volvió a cerrarla en el aire. No agarró nada, pero oyó un chillidito y una caída y un estruendo de vidrios rotos, de donde dedujo que era muy posible que el Conejo se hubiese caído en un invernáculo de pepinos o algo por el estilo.

Después se oyó una voz enojada, la del Conejo.

—¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde está?

Y después una voz que Alicia no había escuchado nunca.

—¡Acá, acá estoy, señorita! ¡Buscando manzanas en la tierra, buscando!^[18]

—¡Manzanas en la tierra, nada menos! —dijo el Conejo enojado—. ¡Venga aquí! ¡Vamos, ayúdeme a salir de acá!

(Más ruido de vidrios rotos).

—Ahora, dígame, Pat, ¿qué es eso que está en la ventana?

—Me juego a que es un brazo, me juego, señorita.

(Decía «seoría»).

—¡Un brazo, pavote! ¿Dónde se ha visto un brazo de ese tamaño? ¡Si ocupa toda la ventana!

—Claro que ocupa la ventana, señorita, pero que es un brazo es un brazo nomás.

—Bueno, sea como sea no tiene nada que estar haciendo allí, así que ¡sáquelo ya!

Siguió un largo silencio y Alicia solo oía murmullos de tanto en tanto, como «Claro que no me gusta, señorita, ¡me va a gustar!». «¡Haga lo que le digo, no sea cobarde!». Luego volvió a extender la mano y a cerrarla de golpe en el aire. Esta vez los chillidos fueron dos y más ruido de vidrios rotos.

«¡Cuántos invernáculos de pepinos! —pensó Alicia—. Me pregunto qué harán ahora. Y en cuanto a eso de sacarme de la ventana ¡ojalá pudieran! Lo que es yo, no tengo el menor interés de seguir aquí adentro, de eso estoy bien segura».

Esperó un rato sin oír nada más. Por fin se acercó un rodar de carros y el sonido de unas cuantas voces que hablaban todas al mismo tiempo. Alicia pudo comprender las palabras «¿Dónde está la otra escalera?... ¡Cómo! ¡Si yo tenía que traer una sola! La otra la tiene Bill... ¡Bill! Agárrala, muchacho... Acá, en este rincón... No, no, primero hay que atarlas, no llegan ni a la mitad todavía... Vamos, no es para tanto, van a alcanzar perfectamente... Vamos, Bill, agarra la punta de esta sogá... ¿Aguantaré el techo?... Cuidado con esa teja floja... ¡Ahí se viene! ¡Cuidado las cabezas! (Un gran estruendo)... A ver ¿quién fue?... Supongo que fue Bill... ¿Quién va a bajar por la chimenea?... Yo nones. Hazlo tú... Ni lo pienses... Tiene que bajar Bill... Ya escuchaste, Bill. El patrón dice que tienes que bajar por la chimenea».

—¡Ajá! ¡Conque Bill tiene que bajar por la chimenea! —se dijo Alicia—. Bueno, parece que cifran todas sus esperanzas en Bill. No me gustaría estar en su lugar por nada del mundo. Este hogar es estrecho, no cabe duda, pero *me parece* que puedo dar una patadita!

Alicia retiró el pie lo más abajo que pudo en la chimenea y esperó hasta escuchar que un animalito (no podía imaginarse de qué tipo) estaba arañando y gateando por la chimenea, muy cerca de donde ella estaba. Entonces, diciéndose:

—¡Aquí llegó Bill! —pateó con fuerza y esperó a ver qué pasaba.

Lo primero que oyó fue un coro general de:

—¡Allá va Bill!

Y después la voz del Conejo solo:

—¡A ver usted, el que está junto al cerco, agárrelo!

Después un silencio y voces confusas: «Sosténganle la cabeza... ahora un poco de cognac. No lo atoren... ¿Cómo fue, compañero? ¿Qué te pasó? Cuéntanoslo todo».

Por fin se escuchó una voz débil y chillona.

«Ese es Bill», pensó Alicia.

—Bueno, no sé muy bien... No quiero más, gracias; ya estoy mejor... pero estoy demasiado aturdido para contarles... Lo único que sé es que de pronto se me vino algo encima, como cuando uno abre una caja de sorpresas, y subió como un cohete...

—¡No diga, compañero! —decían los demás.

—¡Tenemos que pegarle fuego a la casa! —dijo el Conejo.

Y Alicia gritó lo más fuerte que pudo:

—Si hacen eso les mando a Dinah.

De inmediato se hizo un gran silencio y Alicia pensó:

«Me pregunto qué harán ahora. Si fueran un poco sensatos sacarían el techo».

Un momento después empezaron a movilizarse de nuevo y Alicia oyó que el Conejo decía:

—Un barril alcanza para empezar.

«¿Un barril de qué?», pensó Alicia.

Pero no tuvo demasiado tiempo para dudar, porque un instante después entró por la ventana una lluvia de piedritas y algunas le golpearon la cara.

—Voy a ponerle punto final a esto —se dijo, y gritó—: ¡Es mejor que no vuelvan a hacerlo!

Esas palabras provocaron un nuevo silencio de muerte.

Alicia notó, no sin sorpresa, que las piedritas se convertían en pastelitos cuando caían al suelo y se le ocurrió una idea brillante:

«Si como algunos de estos pastelitos —pensó—, seguro que cambia mi tamaño, y, como es imposible que crezca más, supongo que voy a encogerme».

Así que se tragó uno de los pasteles y se alegró enormemente cuando se dio cuenta de que empezaba a encogerse enseguida. En cuanto fue lo suficientemente pequeña para atravesar la puerta salió corriendo de la casa y se encontró con un grupo bastante numeroso de animalitos y pájaros que la estaban esperando.

Bill, la pobre Lagartija, estaba en el centro, sostenido por dos cobayos que le daban de tomar algo de una botella.

Todos avanzaron de golpe hacia Alicia en cuanto la vieron aparecer, pero ella huyó lo más rápidamente que pudo y pronto se encontró a salvo en el bosque espeso.

—Lo primero que tengo que hacer —se dijo mientras caminaba por el bosque— es volver a mi tamaño normal; y lo segundo encontrar el camino a ese precioso jardín. Creo que ese es el mejor plan.

Parecía un plan excelente, sin duda: sencillo e impecable, ¡solo que no tenía ni la menor idea de cómo llevarlo a cabo! Y mientras espiaba ansiosamente entre los árboles, un ladridito agudo justo encima de su cabeza la obligó a levantar la vista apresuradamente.

Un cachorro gigantesco la miraba con grandes ojos redondos y estiraba tímidamente una pata, tratando de tocarla.

—¡Ay, qué amoroso! —dijo Alicia con voz acariciadora, y trató por todos los medios de silbar, pero no podía dejar de estar muy asustada pensando que tal vez el cachorro tenía hambre, y que en ese caso era muy posible que se la comiese, por muchos mimos que le prodigase.

Sin saber muy bien lo que hacía recogió una ramita diminuta y la extendió en dirección al cachorro; entonces el perrito pegó un brinco en el aire, aullando de alegría, y se abalanzó sobre la ramita jugando a mordisquearla. Después Alicia se ocultó detrás de un gran cardo para que el cachorro no la aplastara y en cuanto reapareció por el otro lado el cachorro volvió a arrojarla sobre la ramita y se cayó rodando en el apuro por agarrarla. Entonces Alicia, pensando que era como jugar con un caballo de tiro corriendo el riesgo de caer arrollada bajo sus patas en cualquier momento, volvió a esconderse detrás del cardo. El cachorro inició una serie de breves arremetidas al palito, corriendo un trecho muy corto hacia adelante y uno largo hacia atrás en cada oportunidad y ladrando con voz ronca todo el tiempo, hasta que por fin se sentó bastante lejos, jadeando, con la lengua afuera y los ojazos entrecerrados.

A Alicia le pareció una buena oportunidad para escaparse, de modo que se largó a correr de inmediato y siguió corriendo hasta sentirse bastante cansada y agitada y hasta que los ladridos del cachorrito se perdieron en la distancia.

—¡Y qué amoroso que era! —dijo Alicia apoyándose en un botón de oro para descansar y abanicándose con una de las hojas—. Me habría encantado enseñarle a hacer pruebas, con tal que... ¡Con tal que hubiese tenido el tamaño adecuado para hacerlo! ¡Ay, Dios! ¡Casi me había olvidado de que tengo que crecer de nuevo! A ver... ¿cómo tendré que hacer? Supongo que habrá que comer o beber alguna cosa, pero la gran duda es ¿qué?

No cabía duda de que ese era el gran interrogante. Alicia miró las flores y las briznas de pasto que había alrededor de ella, pero no vio nada que pareciese apropiado para comer o beber en esas circunstancias. Crecía allí cerca un hongo enorme, casi tan alto como ella misma, y después de mirar debajo, a ambos lados y detrás de él pensó que podía muy bien mirar arriba, para ver qué había. Así que se paró en puntas de pie, espió por sobre el borde del hongo y sus ojos tropezaron de inmediato con los de una gran oruga azul que estaba sentada allí arriba, con los brazos cruzados, fumando tranquilamente un largo narguile sin prestar la menor atención de ella ni de ninguna otra cosa.

V - Consejo de una oruga

La Oruga y Alicia se miraron un rato en silencio. Por fin la Oruga se sacó el narguile de la boca y se dirigió a Alicia con voz lánguida y soñolienta.

—¿Quién eres *tú*? —preguntó.

No era un comienzo muy prometedor para una conversación y Alicia respondió con aire más bien tímido:

—Yo... no sé muy bien, señor, en este momento... al menos sé quién era cuando me levanté esta mañana, pero me parece que deben de haberme cambiado varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir con eso? —siguió preguntando la Oruga con bastante severidad—. ¡Explícate!

—Me temo que no puedo explicarme, señor ^[19] —dijo Alicia—, porque yo no soy yo misma, ¿entiende?

—No, no entiendo —dijo la Oruga.

—Mucho me temo que no puedo ser más clara —respondió Alicia con gran amabilidad— porque yo misma no entiendo nada, para empezar; y eso de pasar por tantos tamaños en un mismo día la confunde a una mucho.

—No es así —dijo la Oruga.

—Bueno, tal vez no le parezca por ahora —dijo Alicia—, pero cuando tenga que convertirse en crisálida (tarde o temprano le va a suceder, como usted sabrá) y después en mariposa tal vez se sienta un poquito raro, ¿no le parece?

—En absoluto —dijo la Oruga.

—Bueno, es posible que no seamos de la misma manera de pensar —dijo Alicia—; lo que yo sé

es que a mí sí que me haría sentir rara.

—¡A ti! —dijo la Oruga con desprecio—. ¿Y quién eres *tú*?

Y así volvieron al comienzo de la conversación. Alicia estaba un poco irritada por las observaciones tan escuetas de la Oruga y se estiró para decir, con gran seriedad:

—Me parece que antes tendría que decirme quién es usted.

—¿Por qué? —preguntó la Oruga.

Otra pregunta sin respuesta, y como Alicia no podía encontrar ninguna buena razón y la Oruga parecía estar de muy mal humor, Alicia dio media vuelta y se alejó.

—¡Vuelve acá! —le gritó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decirte!

Esas palabras sonaban muy alentadoras, sin lugar a dudas. Alicia giró sobre sí misma y volvió.

—No pierdas los estribos —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —preguntó Alicia tragándose la rabia lo mejor que pudo.

—No —dijo la Oruga.

Alicia pensó que no perdía nada con esperar, ya que no tenía ninguna otra cosa que hacer y, tal vez, a fin de cuentas, la Oruga acabase por contarle algo digno de oírse. En un primer momento, la Oruga siguió echando humo sin hablar pero por fin se descruzó de brazos, se sacó la boquilla de la boca y dijo:

—¿Conque piensas que estás cambiada, eh?

—Me temo que sí, señor —dijo Alicia—, y no puedo recordar cosas que antes recordaba... y no conservo ni diez minutos seguidos mi tamaño.

—¿Qué es lo que no recuerdas? —preguntó la Oruga.

—Bueno, traté de recitar *¡Cómo aumenta la abejita!*, pero me salió todo distinto —respondió Alicia con voz muy triste.

—A ver, recítame *Eres viejo, padre William* —dijo la Oruga.

Alicia se cruzó de brazos y empezó:

Eres viejo, padre William —dijo el joven—,

los cabellos se te han puesto blancos;

pero aún de cabeza te paras,

¿te parece correcto a tus años?

Hace tiempo —habló el padre William—

creí que eso dañaba el cerebro;

cuando vi que cerebro no había

no tuve más empacho en hacerlo.

Eres viejo, padre William, repito;

y te has puesto sumamente obeso,

pero aún de carnero das vueltas.

Dime, papi, cómo es que haces eso.

De joven —dijo el viejo con canas—

me ocupé en aceitar bien mis miembros

con este unguento... Y no es caro,
a un chelín la cajita, ¿te vendo?
Eres viejo, mandíbulas fofas,
sólo puedes tragar ya papillas,
mas del ganso comiste hasta el pico,
¿cómo explicas esa maravilla?
Fui abogado —dijo él— cuando joven,
con mi esposa charlaba los casos,
y ese ágil vigor de quijadas
me duró de por vida, muchacho.
Estás viejo —dijo el joven—, y creo
que tus ojos no ven casi nada,
y en la nariz hamacaste una anguila,
¿cómo haces, papá, esas monadas?
Contesté tres preguntas y alcanza
no te agrandes, basta de zonceras.
Ya no voy a escuchar tus pavadas.
Vete o te hago rodar la escalera. ^[20]

—No está bien —dijo la Oruga.

—No, no *del todo* bien, me temo —dijo Alicia tímidamente—. Algunas palabras están cambiadas.

—Está *todo* mal, de cabo a rabo —dijo la Oruga con decisión, y hubo silencio durante algunos minutos.

La Oruga fue la primera en volver a hablar.

—¿De qué tamaño quieres ser? —preguntó.

—No soy quisquillosa en eso —se apuró a decir Alicia—; solo que no me gusta andar cambiando tan a menudo, ¿sabe?

—No, *no sé* —dijo la Oruga.

Alicia no respondió: nunca la habían contrariado tanto en su vida y tenía la sensación de estar perdiendo la paciencia.

—¿Estás satisfecha ahora? —preguntó la Oruga.

—Bueno, me gustaría ser *un poquito* más grande, señor, si no es molestia —dijo Alicia—; uno se siente algo miserable midiendo nada más que tres pulgadas.

—Es una altura excelente, por cierto —dijo la Oruga enojada, incorporándose mientras hablaba (medía exactamente tres pulgadas).

—Pero yo no estoy acostumbrada —rogó la pobre Alicia con tono lastimero.

Y pensó para sus adentros:

«¡Ojalá que estas criaturas no se ofendieran con tanta facilidad!».

—Ya te vas a acostumbrar —dijo la Oruga, y se volvió a poner el narguile en la boca para seguir fumando.

Esta vez Alicia esperó pacientemente hasta que la Oruga decidió volver a hablar. Unos minutos después esta se sacó la boquilla de la boca, bostezó un par de veces y se sacudió. Después bajó del hongo y se alejó arrastrándose por el pasto sin decir más que:

—Un lado te hará crecer y el otro lado te hará encoger.

«¿Un lado de *qué*? ¿El otro lado de *qué*?», pensó Alicia.

—Del hongo —respondió la Oruga como si Alicia hubiese hablado en voz alta, y un instante después ya estaba fuera del alcance de su vista.

Alicia se quedó mirando pensativamente el hongo un rato, tratando de establecer cuáles eran sus dos lados, pero, como era totalmente redondo, le resultó muy difícil decidirse. Sin embargo, por fin extendió los brazos para rodearlo y arrancó un pedacito del borde con cada mano.

—Y ahora, ¿cuál es cuál? —se preguntó.

Y mordisqueó un pedacito del trozo de la mano derecha para probar. Un momento después sintió un fuerte golpe en el mentón: ¡se había chocado con el pie!

Alicia se asustó bastante de este cambio súbito, pero tuvo la sensación de que no había tiempo que perder, ya que seguía encogiéndose a gran velocidad; de modo que puso manos a la obra enseguida y comió un poco del otro trozo. El mentón estaba tan aplastado contra el pie que apenas si tenía lugar para abrir la boca. Pero por fin lo logró y se tragó un bocado del trozo de la mano izquierda.

—¡Por fin se me soltó la cabeza! —dijo Alicia con aire triunfal, que se convirtió en pavor unos instantes después, cuando notó que los hombros no aparecían por ninguna parte.

Todo lo que podía ver cuando miraba hacia abajo era un cuello inmensamente largo, que parecía erguirse como una caña de entre un mar de hojas verdes que yacía muy por debajo de ella.

—¿Qué podrá ser todo eso verde? —dijo Alicia—. ¿Y adónde se habrán ido mis hombros? Y ¡ay!, ¡mis manitos queridas!, ¿por qué no puedo verlas?

Las estaba moviendo mientras hablaba, pero no parecía producirse nada más que cierto estremecimiento entre el lejano follaje.

Como no parecía haber posibilidades de levantar las manos hasta la cabeza Alicia trató de bajar la cabeza hasta las manos y le encantó comprobar que su cuello podía inclinarse fácilmente en cualquier dirección, como una serpiente. Acababa de tener éxito en su intento de curvarlo en un delicado zigzag y estaba por sumergirlo entre las hojas —que resultaron no ser otra cosa que los árboles bajo los que había estado deambulando— cuando un agudo silbido la obligó a volver atrás rápidamente. Una gran paloma había llegado volando hasta su cara y la golpeaba violentamente con las alas.

—¡Serpiente! —chilló la Paloma.

—¡No soy una serpiente! —dijo Alicia indignada—. ¡Déjeme en paz!

—Lo digo y lo repito: ¡serpiente! —dijo la Paloma, pero en un tono menor, y agregó con una especie de sollozo—: Ya lo intenté todo pero nada da resultado.

—No tengo la menor idea de qué está diciendo —dijo Alicia.

—Intenté las raíces de los árboles, las orillas de los ríos, los cercos —siguió diciendo la Paloma sin prestarle atención—... ¡pero esas serpientes! ¡Todo les viene bien!

Alicia estaba cada vez más intrigada, pero pensó que no tenía sentido decir nada más hasta que la Paloma no terminase de hablar.

—Como si no fuese bastante trabajo empollar huevos —dijo la Paloma—, además tengo que pasarme día y noche vigilando que no vengan las serpientes. ¡Hace tres semanas que no pego un ojo!

—Lamento mucho que se haya disgustado —dijo Alicia, que estaba empezando a entender.

—Y justo cuando había elegido el árbol más alto del bosque —siguió la Paloma afinando la voz

hasta convertirla en un chillido—, justo cuando empezaba a pensar que por fin me había librado de ellas... ¡tienen que venir culebreando desde el cielo! ¡Puaj! ¡Serpientes!

—Pero le digo que yo no soy una serpiente —dijo Alicia—. Yo soy una... una...

—¡Bueno! ¿Qué es lo que eres? —dijo la Paloma—. ¡Supongo que estarás tratando de inventar algo!

—Soy... soy una nena —dijo Alicia dudando un poco ya que tenía muy presente la serie de cambios por los que había pasado ese día.

—¡Lindo cuento! —dijo la Paloma con una voz que expresaba el mayor de los desprecios—. ¡Si habré visto nenas en mi vida! ¡Pero ninguna con un cuello como ése! ¡No y no! Eres una serpiente, y no puedes negarlo. ¡Supongo que vas a decirme que nunca probaste un huevo!

—Claro que comí huevos —dijo Alicia, que era una niña muy honesta—, pero las nenas comen huevos tanto como las serpientes ¿sabía?

—No lo creo —dijo la Paloma—, pero si lo hacen entonces son especies de serpientes, eso es lo que yo opino.

La idea le resultaba novedosa a Alicia, así que guardó silencio un rato y le dio tiempo a la Paloma para agregar:

—Tú estás buscando huevos, a mí no me engañas. ¿Qué importa que seas una nena o una serpiente?

—A mí sí me importa —dijo Alicia apresuradamente—, pero resulta que no estoy buscando huevos, y si los estuviese buscando no buscaría los suyos: no me gustan crudos.

—¡Bueno, afuera entonces! —dijo la Paloma en tono sombrío mientras volvía a acomodarse en el nido.

Alicia se agachó entre los árboles lo mejor que pudo, ya que el cuello se le seguía enredando entre las ramas y de tanto en tanto tenía que detenerse para desenredarlo. Después de un rato recordó que todavía tenía los trozos de hongo en las manos y se puso a trabajar con

cuidado, mordisqueando primero uno y después el otro, alargándose unas veces y acortándose otras, hasta que logró su altura acostumbrada.

Hacía tanto que tenía cualquier tamaño menos el suyo que al principio se sintió muy rara; pero en pocos minutos se habituó y empezó a hablar consigo misma como de costumbre.

—¡Bueno, ya completé la mitad de mi plan! ¡Qué extraños son todos estos cambios! ¡Nunca estoy segura de en qué me voy a convertir de un momento a otro! Pero, con todo, ya recuperé mi tamaño. Ahora lo que tengo que hacer es entrar a ese hermoso jardín. Me pregunto cómo voy a conseguirlo.

Mientras decía eso desembocó súbitamente en un claro donde había una casita de unos cuatro pies de altura.

Sea quien sea el que vive allí —pensó Alicia— no puedo ni pensar en aparecerme de este tamaño, se volvería loco de miedo.

Así que Alicia volvió a mordisquear el pedacito de hongo de la mano derecha y no se animó a acercarse a la casa hasta haberse encogido a una altura de nueve pulgadas.

VI - Marrano y pimienta

Alicia se quedó un par de minutos mirando la casa, preguntándose qué hacer, cuando de pronto salió corriendo del bosque un lacayo de librea (en realidad Alicia lo tomó por un lacayo precisamente porque tenía librea; en caso de haber juzgado simplemente por su cara lo habría considerado un pez), y golpeó ruidosamente la puerta con sus nudillos. Otro lacayo de librea, de cara redonda y grandes ojos de rana, la abrió. Ambos tenían, según pudo ver Alicia, pelucas empolvadas llenas de rulos. Alicia sintió una gran curiosidad por saber de qué se trataba y se asomó sigilosamente desde el bosque para escuchar.

El Lacayo-Pez empezó por sacar de abajo del brazo una gran carta, casi tan grande como él, y se la entregó al otro diciendo solemnemente:

—Para la Duquesa. Una invitación para jugar al croquet de parte de la Reina.

El Lacayo-Rana repitió, con idéntica solemnidad pero invirtiendo el orden de las palabras:

—De parte de la Reina. Una invitación para jugar al croquet para la Duquesa.

Después ambos se inclinaron ceremoniosamente y sus rizos se enredaron.

Alicia se rió tanto de la escena que tuvo que volver corriendo al bosque por miedo a que la oyesen, y, cuando volvió para espiar, el Lacayo-Pez ya se había ido y el otro estaba sentado en el suelo cerca de la puerta con los ojos estúpidamente fijos en el cielo.

Alicia se dirigió tímidamente hacia la puerta y golpeó:

—No tiene ningún sentido golpear —dijo el Lacayo— y eso por dos razones. Primero, porque yo estoy del mismo lado de la puerta que tú y después porque están haciendo tanto barullo allá adentro que nadie podría oírte.

Y es verdad que dentro de la casa había un barullo realmente extraordinario: aullidos y estornudos incesantes y, de tanto en tanto, un estrépito, como si se hiciese pedazos un plato o una cacerola.

—Entonces, por favor —dijo Alicia—, ¿cómo hago para entrar?

—Podría tener algún sentido que golpeases —siguió diciendo el Lacayo sin prestarle atención— si la puerta estuviese entre ambos. Por ejemplo, si tú estuvieses *adentro* podrías golpear y yo podría dejarte salir ¿sabes?

No dejó ni por un momento de mirar el cielo mientras hablaba, cosa que a Alicia le pareció decididamente grosera.

—Pero tal vez no pueda evitarlo —se dijo—, ¡tiene los ojos casi arriba de la cabeza! Pero al menos podría responder a mis preguntas.

Y agregó en voz más alta:

—¿Cómo hago para entrar?

—Yo me voy a quedar aquí sentado —señaló el Lacayo— hasta mañana...

En ese instante se abrió la puerta de la casa y salió disparada una fuente, derecho a la cabeza del Lacayo: apenas le rozó la nariz y se hizo añicos contra uno de los árboles del fondo.

—... o tal vez pasado mañana —siguió el Lacayo en el mismo tono, como si no hubiese sucedido nada.

—¿Cómo hago para entrar? —volvió a preguntar Alicia en voz más alta aún.

—¿Corresponde que entres? —replicó el Lacayo—. Esa es la pregunta fundamental, ¿sabías?

Lo era, sin duda, solo que a Alicia no le gustaba nada que se lo recordaran.

—Es espantosa esa costumbre de discutir que tienen todas las criaturas —se dijo en un murmullo—. ¡Es para volverse loca!

El Lacayo pensó seguramente que era una muy buena oportunidad para repetir su observación, con variaciones.

—Me voy a quedar aquí sentado días y días.

—Pero ¿qué voy a hacer yo? —preguntó Alicia.

—Lo que quieras —dijo el Lacayo, y empezó a silbar.

—¡Ay! No tiene sentido hablar con él —dijo Alicia desesperada—. ¡Es un perfecto idiota!

Y abrió la puerta y entró.

La puerta comunicaba directamente con una gran cocina, toda llena de humo. La Duquesa^[21] estaba sentada en un taburete de tres patas en la mitad de la habitación, sosteniendo un bebé en sus brazos; la cocinera estaba inclinada sobre el fogón, revolviendo una gran olla que parecía estar llena de sopa.

—¡No cabe duda de que hay demasiada pimienta en esa sopa! —se dijo Alicia tratando de reprimir los estornudos.

Al menos no cabía duda de que había demasiada *en el aire*. Hasta la Duquesa estornudaba de tanto en tanto; en cuanto al bebé, estornudaba y berreaba por turnos sin detenerse ni un instante. Las únicas dos criaturas en la cocina que *no* estornudaban eran la cocinera y un gran gato que estaba acostado junto al fogón, sonriendo de oreja a oreja.

—Por favor ¿podría decirme —empezó Alicia con cierta timidez porque no estaba demasiado segura de que le correspondiese hablar primero— por qué su gato sonríe de ese modo?

—Es un gato de Cheshire^[22] —dijo la Duquesa—, es por eso. ¡Marrano!

Pronunció esta última palabra con tal arrebató de violencia que Alicia dio un respingo; pero enseguida notó que estaba dirigida al bebé y no a ella, de modo que juntó coraje y siguió:

—No sabía que los gatos de Cheshire sonrieran siempre; es más, ni siquiera sabía que los gatos *pudiesen* sonreír.

—Todos pueden —dijo la Duquesa—; y la mayor parte de ellos lo hace.

—Yo no conozco ninguno que sonría —dijo Alicia con gran amabilidad, bastante contenta de haber iniciado conversación.

—Tú no sabes demasiado —dijo la Duquesa—, eso es lo que pasa.

A Alicia no le gustó nada el tono de la observación y pensó que lo mejor era introducir otro tema de conversación. Mientras trataba de encontrar alguno la cocinera sacó la olla de sopa del fuego y se puso en acción de inmediato, arrojando todo lo que caía en sus manos contra la Duquesa y el bebé. Primero los hierros del fogón, después una lluvia de cacerolas, fuentes y platos. La Duquesa no les prestaba atención, ni siquiera cuando daban en el blanco, y el bebé ya berreaba tanto que era imposible determinar si los golpes lo alcanzaban o no.

—¡Oh, *por favor*, fíjese lo que está haciendo! —gritó Alicia saltando de un lado al otro atemorizada—. ¡Ay, ay, ay, que le saca la naricita! —agregó cuando una cacerola especialmente gigantesca voló cerca de la del bebé y estuvo a punto de arrancársela.

—Si cada uno se ocupara de sus propios asuntos —dijo la Duquesa con un gruñido ronco— el mundo andaría más rápido de lo que anda.

—Eso no sería ninguna ventaja —dijo Alicia, contenta de haber hallado la oportunidad de hacer un poco de ostentación de sus conocimientos—. ¡Imagínese qué lío con el día y la noche! Como usted sabrá, a la Tierra le lleva veinticuatro horas dar la vuelta alrededor de su eje...

—Hablando de ejes —la interrumpió la Duquesa— ¡que la ejecuten! ^[23]

Alicia le echó una ojeada más bien ansiosa a la cocinera, para ver si tenía intenciones de hacer algo al respecto; pero la cocinera estaba muy atareada revolviendo la sopa y no parecía prestar atención, de modo que Alicia siguió diciendo:

—Veinticuatro horas, eso *creo*. ¿O son doce? Yo...

—¡A mí déjame en paz! —dijo la Duquesa—. ¡Nunca soporté los números!

Y luego de decir eso volvió a dedicarse a acunar a su hijo, cantándole entre tanto una especie de arrorró y pegándole un violento sacudón al final de cada verso.

Hay que gruñirle al hijito,
darle duro si estornuda;
lo hace para molestar,
para ponerte ceñuda.

CORO

(al que se unían la cocinera y el bebé)

¡Bua! ¡Bua! ¡Bua!

A lo largo de la segunda estrofa del arrorró la Duquesa no cesó de sacudir violentamente al bebé y el pobrecito berreaba tan fuerte que Alicia apenas si pudo oír las palabras.

Yo lo reto a mi chiquito

y le pego si estornuda

¡si cuando pide pimienta

la disfruta con locura!

CORO

¡Bua! ¡Bua! ¡Bua!^[24]

—¡Toma! ¡Puedes acunarlo un poco si quieres! —le dijo a Alicia la Duquesa mientras le arrojaba el bebé—. Yo tengo que prepararme para ir a jugar al croquet con la Reina —dijo, y salió corriendo de la habitación.

La cocinera le arrojó una sartén mientras salía, pero le pasó raspando.

Alicia recogió al bebé con cierta dificultad ya que era una criatura de formas extrañas, que estiraba los brazos y las piernas en todas las direcciones.

«Como una estrella de mar», pensó Alicia.

El pobrecito resoplaba como una locomotora cuando Alicia lo agarró y no dejaba de encogerse y volver a estirarse, de modo que poco fue lo que pudo hacer Alicia por sostenerlo en los primeros momentos.

En cuanto encontró el modo correcto de tenerlo en brazos (que consistía en retorcerlo en una especie de nudo y en sostenerle luego la oreja derecha y el pie izquierdo para evitar que se desatase) lo sacó al aire libre.

«Si no me llevo a este chico conmigo —pensó Alicia—, en un par de días más lo matan».

—¿No sería un crimen abandonarlo?

Estas últimas palabras las había pronunciado en voz alta y el pobrecito gruñó por toda respuesta (ya había dejado de estornudar).

—No gruñas —dijo Alicia—; ese no es modo de expresarse.

El bebé volvió a gruñir y Alicia miró con gran ansiedad su cara para ver qué le sucedía. No cabía duda de que tenía una nariz *sumamente* respingada, más parecida a un hocico que a una nariz de verdad; y los ojos, por otra parte, se le estaban poniendo demasiado pequeños para ser los de un bebé. En general Alicia prefería no mirarlo.

«Tal vez sólo esté sollozando», pensó, y volvió a mirarle los ojos para ver si había lágrimas en ellos.

No, no había lágrimas.

—Si piensas convertirte en un marrano, querido mío —dijo Alicia con toda seriedad—, no pienso tener nada más que ver contigo. Así que ¡cuidadito!

El pobrecito volvió a sollozar (o a gruñir, no se podía saber con certeza) y siguieron en silencio un rato más.

Alicia estaba empezando a preguntarse qué iba a hacer con esa criatura al llegar a su casa cuando la criatura volvió a gruñir, y tan fuerte que Alicia le miró la cara con cierta alarma. Esta vez no podía haber la menor duda: no era ni más ni menos que un marrano, y Alicia pensó que era ridículo seguir llevándolo con ella.

De modo que depositó a la criaturita en el suelo y se sintió bastante aliviada cuando la vio trotar tranquilamente hacia el bosque.

—Al crecer se habría convertido en un chico espantosamente feo, pero creo que como cerdito es bastante lindo.

Y empezó a pasar revista a otros chicos que ella conocía y que estarían muy bien como marranos y se decía:

—Con tal que uno supiese cómo transformarlos... —cuando se sobresaltó un poco al ver al Gato de Cheshire sentado en una rama de un árbol que estaba a pocos metros de allí.

El Gato no hizo más que sonreír cuando la vio a Alicia.

«Parece bonachón», pensó Alicia.

Pero no dejaba de tener uñas *muy* largas y una enorme cantidad de dientes, de modo que pensó que había que tratarlo con respeto.

—Michifús de Cheshire —empezó a decir con timidez, ya que no sabía si le gustaría ese nombre. Pero el Gato no hizo más que ensanchar su sonrisa.

«Bueno, por ahora está contento», pensó Alicia, y siguió:

—Por favor, podría decirme por dónde tengo que ir.

—Eso depende en buena medida de adónde quieras llegar —dijo el Gato.

—No importa demasiado adónde... —dijo Alicia.

—Entonces no importa por dónde vayas.

—... siempre que llegue a *alguna parte* —agregó Alicia como explicación.

—Oh, eso es casi seguro —dijo el Gato—, si caminas lo suficiente.

Alicia reconoció que eso era innegable, de modo que intentó otra pregunta.

—¿Qué clase de gente vive por acá?

—En esa dirección —dijo el Gato señalando vagamente con la pata— vive un Sombrero y en aquella —señalando con la otra pata— vive una Liebre de Marzo. Puedes visitar a cualquiera: los dos están locos. ^[25]

—Pero yo no quiero ir adonde hay locos —dijo Alicia.

—Oh, eso es inevitable —dijo el Gato—; aquí todos estamos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Y usted cómo sabe que yo estoy loca? —preguntó Alicia.

—Tienes que estarlo —dijo el Gato—; si no, no habrías venido aquí.

Alicia no pensaba que eso probase nada pero de todos modos siguió preguntando:

—¿Y cómo sabe que usted está loco?

—Para empezar —dijo el Gato— digamos que un perro no está loco ¿de acuerdo?

—Supongo que no —dijo Alicia.

—Bueno, entonces —siguió diciendo el Gato—, el perro gruñe cuando está enojado y mueve la cola cuando está contento. Bueno, yo en cambio gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando estoy enojado. De modo que estoy loco.

—Yo llamo a eso ronronear, no gruñir —dijo Alicia.

—Llámalo hache —dijo el Gato—. ¿Vas a ir a jugar al croquet con la Reina hoy?

—Me encantaría —dijo Alicia—, pero todavía no me invitaron.

—Ya me verás allí —dijo el Gato, y se desvaneció en el aire.

Alicia no se sorprendió demasiado, tan acostumbrada estaba a que sucediesen cosas raras, y no había apartado aún los ojos del sitio donde había estado el Gato cuando este volvió a aparecer de golpe.

—Hablando de todo un poco ¿qué se hizo del bebé? —preguntó—. Casi me olvidaba de preguntarte.

—Se convirtió en un marrano —respondió Alicia con toda tranquilidad, como si el Gato hubiese vuelto de una manera natural.

—Eso es lo que me imaginé —dijo el Gato, y volvió a desaparecer.

Alicia esperó un poco, con la esperanza de volver a verlo, pero no volvió a aparecer y momentos después ella se alejó en dirección a donde le habían dicho que vivía la Liebre de

Marzo.

—A los sombrereros ya los conozco —se dijo—; la Liebre de Marzo va a ser mucho más interesante y tal vez, como estamos en mayo, no esté tan loca de atar... al menos no tanto como en marzo.

A decir esto levantó la vista y allí estaba nuevamente el Gato, sentado en la rama.

—¿Dijiste «marrano» o «malcriado»?⁴²⁶

—Dije «marrano» —dijo Alicia—, y me gustaría que no anduviese usted apareciendo y desapareciendo tan de golpe: ¡me aturde!

—Muy bien —dijo el Gato, y esta vez se desvaneció lentamente, empezando por la punta de la cola y terminando con la sonrisa, que permaneció un rato más cuando el resto ya había desaparecido.

«¡Bueno! Vi muchos gatos sin sonrisa —pensó Alicia—, pero ¡una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más rara que vi en mi vida!».

No se había alejado mucho cuando vio la casa de la Liebre de Marzo: pensó que sería esa porque las chimeneas tenían forma de orejas y el techo estaba cubierto de piel. Era una casa tan grande que no quiso acercarse a ella sin antes mordisquear un pedacito del hongo de la mano izquierda y alcanzar la altura de dos pies, y aun así se acercó con cierta timidez diciéndose:

—¿Y qué va a pasar si está loca de atar después de todo? ¡Casi me arrepiento de no haber ido a visitar al Sombrerero!

VII - Una merienda de locos

Había una mesa servida bajo un árbol, frente a la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrero^[28] estaban tomando el té. Sentado entre ambos^[29] un Lirón dormía profundamente. La Liebre y el Sombrero lo usaban de almohadón, para apoyar los codos, y conversaban por encima de su cabeza.

«¡Qué incómodo para el Lirón! —pensó Alicia—. Claro que, como está dormido, supongo que no le importa».

La mesa era grande pero los tres estaban apiñados en una punta.

—¡No hay lugar! ¡No hay lugar! —gritaron cuando la vieron llegar a Alicia.

—¡Hay muchísimo lugar! —dijo Alicia indignada, y se sentó en un gran sillón en un extremo de la mesa.

—Sírrete un poco de vino —dijo la Liebre de Marzo animándola.

Alicia recorrió la mesa con los ojos pero no vio más que té en ella.

—No veo que haya vino —señaló.

—No lo hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Entonces fue sumamente incorrecto de su parte ofrecérmelo —dijo Alicia enojada.

—Tampoco fue muy correcto de tu parte sentarte sin que te invitaran —dijo la Liebre de Marzo.

—No creí que la mesa fuese solo de ustedes —dijo Alicia—; está servida para muchos más que tres.

—Te anda faltando un corte de pelo —dijo el Sombrero.

Había estado un buen rato observándola, con gran curiosidad, y esas fueron sus primeras palabras.

—Debería aprender a no hacer observaciones personales —dijo Alicia con cierta severidad—. ¡Es muy grosero!

Al oír eso, el Sombrerero abrió muy grandes los ojos, pero todo lo que dijo fue:

—¿En qué se parecen un cuervo y un escritorio?^[30]

«¡Qué suerte! ¡Nos vamos a divertir! —pensó Alicia—. Me alegro de que hayan empezado con las adivinanzas».

—Creo que puedo adivinar eso —agregó en voz alta.

—¿Quieres decir que crees que puedes encontrar la respuesta? —preguntó la Liebre de Marzo.

—Eso mismo —dijo Alicia.

—Entonces deberías decir lo que quieres decir —siguió la Liebre de Marzo.

—Eso hago —respondió apresuradamente Alicia—, al menos... al menos quiero decir lo que digo... es lo mismo ¿no sabía?

—¡De ningún modo es lo mismo! —dijo el Sombrerero—. ¡Si no también sería lo mismo decir «Veo lo que como» que «Como lo que veo»!

—Y sería lo mismo decir —agregó la Liebre de Marzo— «Me gusta lo que me dan» que «Me dan lo que me gusta».

—¡Y sería lo mismo decir —terció el Lirón, que parecía hablar en sueños— «Respiro cuando duermo» que «Duermo cuando respiro»!

—En realidad en tu caso sí es lo mismo —dijo el Sombrerero.

Y el grupo se quedó un minuto en silencio, mientras Alicia trataba de recordar todo lo que

sabía de cuervos y escritorios, que no era mucho.

El Sombrero fue el primero en romper el silencio.

—¿En qué día del mes estamos? —preguntó volviéndose a Alicia.

Había sacado el reloj del bolsillo y estaba mirándolo inquieto, sacudiéndolo de vez en cuando y acercándose a la oreja.

Alicia pensó un poco y después dijo:

—Cuatro.^[31]

—¡Anda dos días equivocado! —suspiró el Sombrero—. Te dije que la manteca no le iba a hacer bien a los engranajes —agregó mirando con enojo a la Liebre de Marzo.

—Era manteca de primera —respondió humildemente la Liebre de Marzo.

—Sí pero deben de haber entrado algunas miguitas también —gruñó el Sombrero—. ¡No tendrías que habérsela untado con el cuchillo del pan!

La Liebre de Marzo tomó el reloj y lo miró con aire preocupado; después lo sumergió en su taza de té y volvió a mirarlo, pero no se le ocurrió nada mejor que repetir:

—Era manteca *de primera*, en serio.

Alicia había estado mirando por sobre su hombro con cierta curiosidad.

—¡Qué reloj más raro! —observó—. Dice el día del mes y no dice la hora.

—¿Por qué habría de decirla? —masculló el Sombrero—. ¿Acaso tu reloj te dice en qué año estás?

—Claro que no —respondió Alicia sin inmutarse—, pero eso es porque pasa mucho tiempo sin que el año cambie.

—Lo mismo pasa con el mío —dijo el Sombrero.

Alicia se sentía horriblemente desconcertada. La observación del Sombrero no parecía tener ningún significado en absoluto y, sin embargo, estaba formulada decididamente en inglés.

—No lo entiendo bien —dijo lo más amablemente que pudo.

—El Lirón se quedó dormido de nuevo —dijo el Sombrero y le vertió un poquito de té caliente en la nariz.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos:

—Claro, claro; eso es justamente lo que yo iba a decir.

—¿Todavía no adivinaste el acertijo? —preguntó el Sombrero volviéndose hacia Alicia.

—No, me rindo —dijo Alicia—. ¿Cuál es la respuesta?

—No tengo la menor idea —dijo el Sombrero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia suspiró fastidiada.

—Me parece que podría emplear mejor el tiempo —dijo—, en vez de perderlo haciendo adivinanzas que no tienen respuesta.

—Si conocieses al Tiempo tan bien como yo —dijo el Sombrero— lo tratarías con más respeto.

[\[32\]](#)

—No entiendo —dijo Alicia.

—Claro que no —dijo el Sombrero sacudiendo la cabeza con desdén—. ¡Supongo que ni siquiera habrás hablado nunca con él!

—Tal vez no —replicó Alicia con prudencia—, pero lo marco con golpecitos cuando estudio

música. ^[33]

—¡Ahora sí que está claro! —dijo el Sombrero—. El Tiempo no permite que lo marquen, y menos a golpes. Pero si uno se mantiene en buenas relaciones con él es capaz de hacer casi cualquier cosa con el reloj. Por ejemplo, supongamos que son las nueve de la mañana, la hora de empezar las clases. No tendrías más que susurrarle algo al Tiempo y, en un abrir y cerrar de ojos, él le daría unas cuantas vueltas al reloj y... ¡la una y media, hora de almorzar!^[34]

(—¡Ojalá! —se dijo por lo bajo la Liebre de Marzo).

—Sería bárbaro, ya lo creo —dijo Alicia pensativa—, pero... yo no tendría hambre ¿sabe?

—Al principio tal vez no —dijo el Sombrero—, pero uno puede quedarse en la una y media todo el tiempo que quiera.

—¿Así es como hacen ustedes? —preguntó Alicia.

El Sombrero sacudió la cabeza con pesar.

—¡Yo no! —respondió—. Nos peleamos en marzo... justo antes de que este se volviera loco —explicó señalando con la cucharita a la Liebre de Marzo—. Fue durante el gran concierto que ofreció la Reina de Corazones, en el que yo tenía que cantar eso de:

Brilla brilla, murcielaguito,

¿en qué andarás tan solita?

No sé si conoces esa canción.

—Escuché una parecida —dijo Alicia.

—Sigue así —siguió diciendo el Sombrero:

Por sobre la tierra vuelas

como bandeja de teteras... ^[35]

El Lirón se estremeció y empezó a cantar en sueños:

Brilla, brilla, brilla, brilla...

Y así siguió sin parar, tanto que tuvieron que pellizcarlo para que se detuviese.

—Bueno, apenas había terminado la primera estrofa —dijo el Sombrero— cuando la Reina chilló: «Está destrozando el tiempo. ^[36] ¡Que le corten la cabeza!».

—¡Qué salvaje! —exclamó Alicia.

—Y desde ese día —siguió diciendo el Sombrero con voz lastimera— el Tiempo no hace nada de lo que le pido. ¡Ahora son siempre las seis!

A Alicia se le ocurrió una idea brillante:

—¿Es por eso que hay tanta vajilla para el té aquí arriba? —preguntó.

—Claro —dijo el Sombrero suspirando—. Siempre es la hora de tomar el té y no hay tiempo de lavar la vajilla entre tanto.

—Y se van corriendo de lugar, supongo —dijo Alicia.

—Exactamente —dijo el Sombrero—, a medida que la vajilla se va ensuciando.

—¿Pero qué pasa cuando vuelven al comienzo? —se animó a preguntar Alicia.

—¿Qué les parece si cambiamos de tema? —los interrumpió la Liebre de Marzo con un bostezo—. Me estoy aburriendo. Propongo que esta jovencita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —dijo Alicia, un poco alarmada por la propuesta.

—Entonces que nos lo cuente el Lirón —gritaron los dos al unísono—. ¡Despiértate, Lirón!

Y lo pellizcaron de los dos lados al mismo tiempo.

El Lirón abrió lentamente los ojos.

—No estaba dormido —dijo con voz ronca y débil—. Escuché todo lo que dijeron.

—¡Cuéntanos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —rogó Alicia.

—Y que sea breve —agregó el Sombrerero— o te vas a quedar dormido antes de que termine.

—Había una vez tres hermanitas ^[37] —empezó el Lirón muy apurado—. Se llamaban Elsie, Lacie y Tillie y vivían en el fondo de un pozo... ^[38]

—¿De qué vivían? —preguntó Alicia, que siempre se interesaba mucho por las comidas y las bebidas.

—Vivían de melaza —dijo el Lirón después de pensar un rato.

—Eso es imposible ¿sabe? —dijo amablemente Alicia—. Se habrían enfermado.

—Y estaban enfermas —dijo el Lirón—, muy enfermas.

Alicia trató de imaginarse cómo sería vivir de ese modo tan extraño pero le resultó demasiado difícil, de modo que siguió diciendo:

—Pero ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Sírrete un poco más de té —le dijo muy formal la Liebre de Marzo.

—Todavía no tomé nada —replicó Alicia con tono ofendido—, de modo que no puedo tomar *más*.

—Querrás decir que no puedes tomar *menos* —dijo el Sombreroero—, porque tomar *más* que nada es muy fácil.

—A usted nadie le preguntó su opinión —dijo Alicia.

—¿Quién está haciendo alusiones personales ahora? —replicó el Sombreroero con aire de triunfo.

Alicia no supo muy bien qué contestar a esto, de modo que se sirvió un poco de té y pan con manteca y después se volvió hacia el Lirón y repitió su pregunta.

—¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón volvió a tomarse su tiempo para reflexionar y después dijo:

—Era un pozo de melaza.^[39]

—¡Eso no existe! —empezó a decir Alicia muy enojada, pero el Sombreroero y la Liebre de Marzo le hacían ¡sh, sh!, todo el tiempo y el Lirón observó enfurruñado:

—Si no eres capaz de mostrarte educada es mejor que termines el cuento tú misma.

—¡No, por favor, siga! —dijo Alicia con gran humildad—. No voy a volver a interrumpirlo. Acepto que exista al menos *uno* de esos pozos.

—¡Uno solo! ¡Lo que hay que oír! —dijo el Lirón indignado.

Sin embargo aceptó seguir con su historia.

—De modo que estas tres hermanitas estaban aprendiendo a dibujar, a sacar bocetos... Ya sacaban... [\[40\]](#)

—¿Qué, qué? —preguntó Alicia olvidándose de su promesa.

—Melaza.

—Quiero una taza limpia —interrumpió el Sombrero—; vamos a corrernos todos un lugar.

Él se mudó de sitio mientras hablaba y el Lirón lo siguió; la Liebre de Marzo se cambió al lugar del Lirón y Alicia se sentó sin demasiadas ganas en el sitio de la Liebre de Marzo. El Sombrero fue el único que se benefició un poco con el cambio. Alicia estaba bastante peor que antes ya que la Liebre de Marzo acababa de volcar la lechera en su plato.

Como no deseaba volver a ofender al Lirón empezó con gran cautela:

—Pero no comprendo. ¿La sacaban del natural? ¿Cómo hacían?

—Se puede sacar agua de un pozo de agua —dijo el Sombrero—, así que también se puede sacar melaza de un pozo de melaza, ¿eh, boba?

—Pero ellas estaban *adentro* del pozo —insistió Alicia, optando por pasar por alto las palabras finales del Lirón.

—Claro que sí —dijo el Lirón—, bien adentro. [\[41\]](#)

Esta respuesta confundió tanto a Alicia que dejó que el Lirón siguiera un rato sin interrumpirlo.

—Estaban aprendiendo a dibujar —siguió diciendo el Lirón, bostezando y frotándose los ojos porque le estaba empezando a dar sueño—, y dibujaban todo tipo de cosas... cosas que empiezan con M...

—¿Por qué con M? —preguntó Alicia.

—¿Por qué no? —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia guardó silencio.

El Lirón ya había cerrado los ojos y estaba cayendo en un estado de somnolencia; pero cuando el Sombrerero lo pellizcó se volvió a despertar con un chillido y siguió.

—... que empiezan con M, como los mitones, los mundos, la memoria y los másomenoslomismo. ^[42]... Ya se sabe que de dos cosas que son muy parecidas se dice que son másomenoslomismo ^[43]. ¿Habías visto alguna vez un dibujo de un másomenoslomismo?

—Bueno, ya que me lo pregunta —dijo Alicia muy confundida—... No, creo que no...

—Entonces no deberías abrir la boca —dijo el Sombrerero.

Esa grosería era más de lo que Alicia podía soportar: se puso de pie muy disgustada y se alejó de allí. El Lirón se quedó dormido instantáneamente, y ninguno de los otros dos prestó la menor atención a su conducta, aunque ella miró hacia atrás un par de veces, con la secreta esperanza de que la llamasen para que volviese. La última vez que los vio estaban tratando de meter al Lirón adentro de la tetera.

—Por nada del mundo volvería allí —se dijo Alicia mientras se encaminaba al bosque—. ¡Es la merienda más estúpida que vi en mi vida!

Al decir esto notó que uno de los árboles tenía una puerta de entrada.

«¡Qué extraño! —pensó—. Pero todo es muy extraño hoy. Me parece que lo mejor es entrar cuanto antes».

Y entró.

Volvió a encontrarse en el gran vestíbulo, cerca de la mesita de vidrio.

—Esta vez lo voy a hacer mejor —se dijo, y empezó por tomar la llavecita dorada y abrir la puerta que daba al jardín.

Después se puso a mordisquear el hongo (había guardado un pedacito en el bolsillo) hasta llegar a medir sólo un pie de altura. Después corrió por el pasillito y *por fin*... llegó al hermoso

jardín y se vio rodeada por esos brillantes canteros de flores y esas frescas fuentes.

VIII - La cancha de croquet de la Reina

Había un gran rosal cerca de la entrada al jardín; las rosas que crecían en él eran blancas, pero había jardineros trabajando, muy atareados, pintándolas de rojo. Alicia pensó que eso resultaba muy extraño y se acercó para observar mejor. En cuanto llegó adonde estaban los jardineros oyó que uno de ellos decía:

—¡Más cuidado, Cinco! ¡No me salpiques con la pintura!

—No fue culpa mía —dijo Cinco malhumorado—. Siete me empujó el codo.

A lo que Siete respondió levantando la vista:

—¡Muy bien, Cinco, te felicito! ¡Siempre echándole la culpa a otro!

—¡Tú mejor no hables! —dijo Cinco—. Ayer mismo oí que la Reina decía que merecías que te cortaran la cabeza.

—¿Por qué? —dijo el que había hablado primero.

—¿Y a ti qué te importa, Dos? —dijo Siete.

—¡Sí que le importa! —dijo Cinco—. Y se lo voy a decir: fue por llevarle al cocinero bulbos de tulipán en lugar de cebollas.

Siete tiró el pincel al suelo y empezó a decir:

—¡Eso sí que está bueno! Es la cosa más injusta...

Pero de pronto sus ojos tropezaron con Alicia que estaba de pie mirándolos y se interrumpió bruscamente. Los otros también miraron y todos hicieron una gran reverencia.

—Por favor —dijo Alicia con cierta timidez—. ¿Podrían decirme por qué están pintando las rosas?

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos empezó a decir en voz baja:

—Bueno... ¿sabe lo que pasa, señorita?... este... acá este rosal tenía que ser un rosal de rosas rojas... y nos equivocamos y pusimos uno de rosas blancas, y... este... si la Reina se llega a dar cuenta nos cortan la cabeza ¿sabe, señorita? Así que, ya ve, señorita, estamos haciendo todo lo posible, antes de que ella venga...

En ese momento Cinco, que había estado mirando ansiosamente en dirección al otro extremo del jardín, gritó:

—¡La Reina! ¡La Reina!^[44]

Y los tres jardineros se arrojaron de inmediato al suelo boca abajo.

Se oyó un ruido de pasos y Alicia miró, ansiosa por ver a la Reina.

Primero llegaron diez soldados llevando bastos. Todos tenían la forma de los tres jardineros, rectangulares y chatos, con los pies y las manos en las esquinas. Luego seguían diez cortesanos; estaban adornados con diamantes y caminaban de dos en dos, como los soldados. Después venían los infantes, diez en total; las dulces criaturas venían saltando alegremente, de dos en dos, tomadas de la mano; estaban todas adornadas con corazones. Después venían los invitados, casi todos Reyes y Reinas y entre ellos reconoció Alicia al Conejo Blanco. Hablaba con voz agitada y nerviosa y pasó a su lado sin verla. Seguía la Sota de Corazones, llevando la corona del Rey en un almohadón de terciopelo color carmesí y, cerrando el largo cortejo, ¡el Rey y la Reina de Corazones!

Alicia no estaba muy segura de que no le correspondiese tirarse boca abajo contra el suelo, como los tres jardineros, pero no recordaba haber oído hablar de una regla así para casos de desfile de cortejos.

«Y además —pensó—, ¿de qué servirían los desfiles si la gente se tirase toda boca abajo sin poder ver nada?».

Así que se quedó donde estaba y esperó.

Cuando el cortejo se enfrentó con ella todos se detuvieron y la miraron y la Reina preguntó

con severidad:

—¿Quién es esta?

Se lo preguntó a la Sota de Corazones, que no hizo más que inclinarse respetuosamente y sonreír como toda respuesta.

—¡Idiota! —dijo la reina sacudiendo la cabeza con impaciencia, y, volviéndose a Alicia, le preguntó—: ¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Alicia, para servir a Su Majestad —dijo Alicia con muy buenos modos, pero agregó para sus adentros:

«No son más que un mazo de cartas, después de todo. ¡No tengo por qué tenerles miedo!».

—¿Y quiénes son *estos*? —preguntó la Reina señalando hacia los tres jardineros que estaban tirados junto al rosal.

Y es que, como todos ustedes saben, yacían boca ahajo, y el dibujo de la espalda era idéntico al de todas las demás barajas del mazo, y la Reina no podía saber si eran jardineros, soldados, cortesanos o incluso tres de sus propios hijos.

—¿Cómo podría yo saberlo? —dijo Alicia, sorprendida de su propia audacia—. No es asunto mío.

La Reina se puso roja de rabia y, después de lanzarle una mirada furibunda de bestia salvaje, empezó a gritar:

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten...!

—¡Qué disparate! —dijo Alicia en voz bien alta y resuelta, y la Reina se quedó en silencio.

El Rey le puso la mano sobre el hombro y dijo con timidez:

—Ten consideración, querida. ¡Es solo una niña!

La Reina le volvió la espalda enojada y dijo a la Sota:

—¡Délos vuelta!

La Sota hizo lo que se le ordenaba con mucho cuidado, utilizando nada más que un pie.

—¡De pie! —gritó la Reina con voz fuerte y chillona.

Los tres jardineros se pusieron de pie de un salto y empezaron a hacerles reverencias al Rey, a la Reina, a los infantes reales y a todos los demás.

—¡Acaben con eso! —rugió la Reina—. ¡Me marcan! —Y después volviéndose hacia el rosal, continuó—: ¿Qué anduvieron haciendo aquí?

—Con el permiso de Su Majestad —dijo Dos con voz muy humilde, hincando una rodilla en el suelo mientras hablaba—, estábamos tratando...

—¡Ya veo! —dijo la Reina, que había estado examinando las rosas—. ¡Que les corten la cabeza!

Y el cortejo se alejó mientras tres de los soldados se quedaban atrás para ejecutar a los desdichados jardineros, que corrieron hacia Alicia para que los protegiese.

—¡No los van a decapitar! —dijo Alicia, y los puso en un macetón que había allí cerca.

Los tres soldados anduvieron dando vueltas un rato, buscándolos, y después se fueron tranquilamente con los demás.

—¿Ya les cortaron las cabezas? —gritó la Reina.

—Sus cabezas han desaparecido, así plazca a Su Majestad —gritaron los soldados en respuesta.

—¡Así me gusta! —gritó la Reina—. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados permanecieron en silencio y miraron a Alicia, ya que era evidente que la pregunta estaba dirigida a ella.

—¡Sí! —gritó Alicia.

—¡Entonces, ven! —rugió la Reina, y Alicia se unió al cortejo sin cesar ni por un momento de preguntarse qué sucedería luego.

—¡Es... es un día espléndido! —dijo una tímida vocecita.

Estaba caminando junto al Conejo Blanco, que la espiaba con ansiedad.

—Sí, muy lindo —dijo Alicia—. ¿Dónde está la Duquesa?

—¡Sh! ¡Silencio! —dijo el Conejo apurado y en voz baja.

Miraba ansiosamente por encima de su hombro mientras hablaba y después se puso en puntas de pie, acercó la boca a la oreja de Alicia y murmuró:

—Está condenada a muerte.

—¿Qué hizo? —preguntó Alicia.

—¿Dijiste «¡Qué pena!»? —preguntó el Conejo.

—No, no dije eso —dijo Alicia—. No creo que sea ninguna pena. Pregunté «¿Qué hizo?».

—Le dio un sopapo a la Reina —empezó a decir el Conejo Blanco.

Alicia dejó escapar la risa.

—¡Sh, sh! —murmuró el Conejo con voz asustada—. ¡La Reina te puede oír! Llegó más bien tarde, ¿sabes?, y la Reina dijo...

—¡Todos a sus puestos! —gritó la Reina con voz de trueno y la gente empezó a correr en distintas direcciones, atropellándose y cayéndose unos sobre otros. Sin embargo un instante después estaban todos instalados y comenzó el juego.

Alicia pensó que jamás había visto una cancha de croquet tan rara en toda su vida: estaba llena de lomitas y de pozos; las pelotas eran erizos vivos y los palos, flamencos, también vivos. Los soldados tenían que doblarse apoyándose en pies y manos para formar los

arcos.^[45]

La mayor dificultad con que tuvo que enfrentarse Alicia en un primer momento fue la de manejar su Flamenco. Conseguía acomodar el cuerpo bastante confortablemente debajo del brazo mientras las patas quedaban colgando, pero por lo general justo cuando había logrado enderezarle bien el cuello y estaba por golpear al erizo con la cabeza, el flamenco insistía en girar la cabeza y doblar el cuello para mirarla a la cara, con una expresión tal de desconcierto que Alicia no podía evitar estallar en carcajadas. Y era francamente insoportable comprobar, después de volver a bajarle la cabeza, que el erizo se había desenroscado y huía rápidamente. Además de todo eso casi siempre se topaba uno con una loma o con un pozo, no importa adónde quisiese mandar el erizo. Y como para colmo los soldados arqueados no paraban de levantarse y cambiar de lugar en la cancha, Alicia no tardó en llegar a la conclusión de que se trataba de un juego decididamente difícil.

Todos los jugadores jugaban al mismo tiempo, sin respetar los turnos, discutiendo sin cesar y peleándose por los erizos, y poco después la Reina estaba nuevamente furiosa, dando zancadas y gritando «¡Que le corten la cabeza a ese!», o «¡Que le corten la cabeza a esa!», por lo menos una vez por minuto.

Alicia empezó a sentirse muy incómoda. Y aunque todavía no había tenido ningún encontronazo con la Reina sabía que podía suceder en cualquier momento.

«Y entonces —pensaba— ¿qué será de mí? Aquí tienen la horrible costumbre de decapitar a medio mundo. ¡Lo que me extraña es que todavía quede gente viva!».

Estaba buscando el modo de escabullirse y preguntándose si podría irse sin que la vieran cuando notó una extraña aparición en el aire; al principio la intrigó mucho, pero un rato después se dio cuenta de que se trataba de una sonrisa, y se dijo:

—Es el Gato de Cheshire; ahora voy a tener con quién hablar.

—¿Cómo te está yendo? —preguntó el Gato en cuanto hubo boca suficiente como para hablar.

Alicia esperó hasta que aparecieron los ojos y entonces lo saludó con la cabeza y pensó:

«De nada vale que le hable hasta que no le hayan aparecido las orejas o, al menos, una de

ellas».

Un instante después ya había aparecido toda la cabeza. Entonces Alicia dejó su flamenco en el suelo y empezó a relatarle el juego, muy contenta de que alguien la escuchara. El Gato parecía pensar que ya tenía suficiente cuerpo visible y no apareció nada más.

—Me parece que no juegan limpio —empezó a decir Alicia en tono de queja—, y discuten tanto que no se puede oír ni lo que uno mismo dice... y no parece haber reglas, o si las hay nadie las respeta... y no se imagina el lío que es que todas las cosas estén vivas. Por ejemplo, allá va el arco que yo tendría que haber atravesado, paseándose por el otro extremo de la cancha... hace un momento debería de haber golpeado el erizo de la Reina con el mío ¡pero salió corriendo cuando vio que se le acercaba el otro!

—¿Qué te parece la Reina? —preguntó el Gato en voz baja.

—No me gusta nada —dijo Alicia—, es tan pero tan...

Precisamente en ese momento notó que la Reina estaba muy cerca de ella, escuchando, así que siguió diciendo:

—... seguro que ella va a ganar que casi no vale la pena seguir jugando.

La Reina sonrió y se alejó.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó el Rey acercándose a Alicia y mirando la cabeza del Gato con gran curiosidad.

—Es un amigo mío... un gato de Cheshire —dijo Alicia—. Permítame que se lo presente.

—No me gusta nada su aspecto —dijo el Rey— pero puede besar mi mano si lo desea.

—Prefiero no hacerlo —dijo el Gato.

—¡No sea impertinente! —dijo el Rey—. ¡Y no me mire de ese modo!

—Un gato puede mirar a un rey —dijo Alicia—. Leí eso en algún libro, pero no recuerdo en cuál.

—Bueno, hay que quitarlo de allí —dijo el Rey con gran decisión; y llamó a la Reina, que pasaba por allí en ese momento—: ¡Querida! Me gustaría que ordenases que quiten del medio a ese gato.

La Reina no tenía más que una manera de arreglar todos los problemas, grandes o pequeños.

—¡Que le corten la cabeza! —dijo sin siquiera darse vuelta para mirar.

—Voy a buscar yo mismo al verdugo —dijo el Rey con severidad, y se alejó apurado.

Alicia pensó que convenía volver para ver cómo iba el juego ya que a lo lejos se oía la voz de la Reina gritando apasionadamente. Ya la había oído sentenciar a muerte a tres jugadores por haber perdido el turno y no le gustaba nada el cariz que estaban tomando las cosas, dado que el juego resultaba tan confuso que era imposible saber cuándo le tocaba jugar a uno. De modo que se fue en busca de su erizo.

El erizo estaba trabado en pelea con otro erizo y Alicia consideró que era una oportunidad excelente para hacer una carambola; la única dificultad estribaba en que el flamenco había huido al otro extremo del jardín y, según veía Alicia, estaba tratando desmañadamente de volar hasta la rama de un árbol.

Para cuando Alicia pescó su flamenco y lo trajo de vuelta ya la lucha había cesado y los dos erizos se habían perdido de vista.

«No importa demasiado —pensó Alicia—, a fin de cuentas no queda ni un arco en este rincón de la cancha».

Así que se acomodó el flamenco debajo del brazo para que no pudiese volver a escaparse y dio media vuelta para seguir charlando con su amigo.

Cuando volvió adonde estaba el Gato de Cheshire la sorprendió encontrar una multitud congregada a su alrededor. Había un altercado entre el verdugo, el Rey y la Reina, y los tres hablaban al mismo tiempo. El resto guardaba silencio y parecía incómodo.

En cuanto apareció Alicia los tres se dirigieron a ella para que allanase la cuestión y repitieron sus argumentos, aunque, como hablaban todos al mismo tiempo, a Alicia le resultó difícil

entenderlos bien.

El verdugo decía que no se podía cortar una cabeza si no había un cuerpo del que esa cabeza se pudiese cortar, que nunca había hecho algo así y que no iba a empezar a esa altura de su vida.

El Rey decía que cualquier cosa que tuviese cabeza podía ser decapitada y que no había que decir disparates.

La Reina decía que si no hacían algo de inmediato iba a mandar ejecutar a todos los que estaban allí. (Era esa última observación la que hacía que todo el grupo se mostrase serio y ansioso).

Alicia no pudo decir más que:

—Pertenece a la Duquesa; es mejor que le pregunten a ella.

—Está en la cárcel —dijo la Reina al verdugo—. ¡Tráigala aquí!

Y el verdugo salió disparado como una flecha.

La cabeza del Gato empezó a desvanecerse en cuanto el verdugo se fue y para cuando este volvió con la Duquesa ya había desaparecido por completo. Así que el Rey y el verdugo empezaron a correr de un lado al otro como desesperados buscando al Gato y el resto de la compañía reinició el juego.

IX - La historia de la Símil Tortuga

—¡No sabes lo encantada que estoy de volver a verte, queridísima! —dijo la Duquesa tomando afectuosamente el brazo de Alicia y caminando junto a ella.

Alicia se alegró de encontrarla de tan buen humor y pensó que tal vez había sido solo la pimienta lo que la había puesto tan violenta cuando la vio por primera vez en la cocina.

«Cuando yo sea Duquesa —se dijo (aunque en tono poco esperanzado)— no voy a utilizar en absoluto la pimienta en mi cocina. La sopa sabe muy bien sin ella... Tal vez sea siempre la pimienta la que pone violenta a la gente —siguió diciéndose, muy contenta de haber descubierto una nueva regla— y el vinagre el que la pone agria... y la manzanilla la que la vuelve amarga... y el alfeñique y otras golosinas por el estilo los que hacen que los niños sean de temperamento dulce. ¡Ojalá la gente grande se diese cuenta de esto último, así no mezquinaría tanto los dulces!».

Casi se había olvidado de la Duquesa y se sorprendió bastante cuando oyó su voz muy cerca de la oreja.

—Estás pensando en algo, mi querida, y eso hace que te olvides de hablar. No puedo decirte en este momento cuál es la moraleja que puede extraerse de esto, pero dentro de un ratito me voy a acordar.

—Tal vez no haya ninguna moraleja —se atrevió a sugerir Alicia.

—¡Por favor, criatura! —dijo la Duquesa—; todo tiene su moraleja, la cuestión es encontrarla.

Y se apretujó un poco más contra Alicia mientras hablaba.

A Alicia no le gustaba demasiado que la Duquesa estuviese tan cerca de ella. En primer lugar porque era *muy* fea y en segundo lugar porque tenía la estatura exacta como para apoyar su mentón en el hombro de Alicia, y se trataba de un mentón particularmente aguzado e incómodo. Pero Alicia no quería ser grosera, de modo que lo soportó lo mejor que pudo.

—El juego mejoró bastante ahora —dijo, tanto como para que no decayese la conversación.

—Así es —dijo la Duquesa— y la moraleja es «¡Oh! ¡Es el amor, el amor el que hace girar el mundo!».

—Alguien dijo una vez —murmuró Alicia— que el mundo giraba cuando cada uno se ocupaba de sus asuntos.

—¡Ah, bueno! Es más o menos lo mismo —dijo la Duquesa, clavando su filoso mentoncito en el hombro de Alicia, y agregó—: y la moraleja es «Cuida el sentido que los sonidos se cuidan solos».^[47]

«¡Cómo le gusta encontrar moralejas!» , pensó Alicia.

—Supongo que te preguntarás por qué no te tomo de la cintura —dijo la Duquesa después de una pausa—: es porque no estoy muy segura de cuál pueda ser el humor de tu flamenco. ¿Te parece que lo intente?

—Puede picar —respondió Alicia con prudencia, ya que no tenía ningún interés en que la Duquesa intentase el acercamiento.

—Es muy cierto —dijo la Duquesa—; tanto los flamencos como la mostaza pican. Y la moraleja es: «Dios los cría y ellos se juntan».^[48]

—Sí, solo que la mostaza no es un pájaro —señaló Alicia.

—Correcto, como siempre —dijo la Duquesa—. ¡Con qué claridad te expresas!

—Es un mineral, *creo* —dijo Alicia.

—Claro que sí —aseguró la Duquesa, que parecía dispuesta a coincidir en todo con Alicia—; hay una gran mina de mostaza aquí cerca. Y la moraleja es: «Lo mío mina lo tuyo».^[49]

—¡Ya sé! —exclamó Alicia, que no había prestado atención a la última frase—. Es un vegetal. No parece, pero es.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo la Duquesa—, y la moraleja es: «Trata de ser como quieras parecer» o, para hablar más sencillamente: «Nunca pienses que no puedes ser diferente del modo en que pudo haberles parecido a los demás que lo que tú fuiste o pudiste haber sido no era en realidad diferente del modo en que les había parecido serlo lo que tú habías sido».

—Creo que lo entendería mejor si lo viese escrito —dijo Alicia con amabilidad—, pero cuando usted me lo dice no puedo seguirla.

—Eso no es nada comparado con lo que podría decir si quisiese —replicó la Duquesa complacida.

—Por favor, no se moleste en hacer frases más largas —dijo Alicia.

—¡Pero si no es ninguna molestia! —le aseguró la Duquesa—. Acepta como un regalo lo que he dicho hasta ahora.

«¡Qué regalo barato! —pensó Alicia—. ¡Me alegro de que la gente no haga regalos así para los cumpleaños!».

Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Otra vez pensando? —preguntó la Duquesa, volviendo a clavar su afilado mentón.

—Tengo derecho a pensar —dijo Alicia, un poco cortante porque ya estaba empezando a incomodarse.

—Tanto derecho como el que tienen los cerdos a volar —dijo la Duquesa—, y la m...

Pero en ese instante, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se desvaneció antes de terminar su palabra favorita, «moraleja», y el brazo que rodeaba el de Alicia empezó a temblar. Alicia levantó la mirada y allí frente a ellas estaba la Reina, cruzada de brazos, con el ceño fruncido y la cara tormentosa.

—¡Qué lindo día, Su Majestad! —empezó a decir la Duquesa en voz baja y debilucha.

—¡Escúcheme bien! —rugió la Reina, pateando el suelo mientras hablaba—. ¡Se lo digo por su bien! ¡O usted o su cabeza tienen que desaparecer en un santiamén! Así que ¡elija!

La Duquesa eligió y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Sigamos jugando —le dijo la Reina a Alicia.

Alicia estaba demasiado asustada para pronunciar ni una sola palabra, pero la siguió lentamente a la cancha de croquet.

Los demás invitados habían sacado partido de la ausencia de la Reina y estaban descansando a la sombra, pero en cuanto la vieron llegar volvieron corriendo a jugar mientras ella les señalaba sencillamente que un instante de demora les costaría la vida.

Mientras duró el juego la Reina no cesó ni por un momento de pelearse con los demás jugadores y de gritar «¡Que le corten la cabeza a ese!», o «¡Que le corten la cabeza a esa!». Aquellos a los que sentenciaba a muerte quedaban bajo custodia de los soldados, que, por supuesto, tenían que abandonar su papel de arcos para asumir esa tarea, de modo que, al cabo de media hora, ya no quedaban arcos y todos los jugadores, excepto el Rey, la Reina y Alicia, estaban bajo custodia y condenados a muerte.

Fue entonces que la Reina abandonó, bastante agitada, y le preguntó a Alicia:

—¿No conoces a la Símil Tortuga todavía?

—No —dijo Alicia—. Ni siquiera sé qué es una Símil Tortuga.

—Con ella se hace la símil sopa de tortuga^[50] —dijo la Reina.

—Nunca vi ninguna, ni oí hablar de ella —dijo Alicia.

—Entonces, andando —dijo la Reina—, que te va a contar su historia.

Mientras se alejaban juntas Alicia oyó que el Rey les decía en voz baja a los demás:

—Quedan todos perdonados.

«¡Esa sí que es una buena noticia!», pensó Alicia, porque estaba bastante desolada por la gran cantidad de ejecuciones que había ordenado la Reina.

Muy pronto se encontraron con un Grifo,^[51] que estaba profundamente dormido al sol. (Si no saben lo que es un Grifo miren el dibujo).

—¡Arriba, haragán! —dijo la Reina—. Lleva a esta señorita a ver a la Símil Tortuga y a escuchar su historia. Yo tengo que volver para vigilar las ejecuciones que ordené.

Y se alejó dejando a Alicia sola con el Grifo.

Alicia no se sentía muy tentada de mirar a esa criatura pero, pensándolo bien, le pareció que era tan seguro quedarse con él como ir con la salvaje de la Reina. De modo que esperó.

El Grifo se incorporó y se frotó los ojos. Después se quedó mirando a la Reina hasta que esta se perdió de vista. Después ahogó una risita.

—¡Qué cómica! —dijo el Grifo en parte para sí mismo y en parte para que lo escuchara Alicia.

—¿Qué cosa? —preguntó Alicia.

—¿Cómo qué cosa? *Ella* —dijo el Grifo—. Es pura imaginación. No ejecuta nunca a nadie, no ejecuta. ¡Andando!

«Todos dicen “¡Andando!” aquí —pensó Alicia mientras lo seguía lentamente—. ¡Nunca en mi vida me habían dado tantas órdenes! ¡Nunca!».

No habían ido demasiado lejos cuando vieron a la Símil Tortuga a la distancia, sentada triste y solitaria al borde de una roca. En cuanto se acercaron un poco más Alicia pudo oír que suspiraba como si se le estuviese por partir el corazón. Sintió mucha lástima.

—¿Qué es lo que le apena? —le preguntó al Grifo.

Y el Grifo respondió, casi con las mismas palabras que antes:

—Es pura imaginación. No le apena nada, no le apena. ¡Andando!

De modo que se acercaron a la Símil Tortuga, que los miró con grandes ojos anegados en lágrimas pero no dijo nada.

—Acá está esta señorita... Quiere escuchar tu historia, quiere.

—Se la voy a contar —dijo la Símil Tortuga, con voz honda y cavernosa—. Siéntense los dos y no digan ni una palabra hasta que yo termine.

De modo que se sentaron y durante un rato nadie dijo nada. Alicia pensó:

«No sé cómo va a terminar si *nunca* empieza».

Pero esperó pacientemente.

—Una vez —dijo por fin la Símil Tortuga suspirando profundamente— yo fui una verdadera tortuga de mar.

Estas palabras fueron seguidas por un larguísimo silencio, interrumpido solo por una ocasional exclamación: «¡Hjckrrh!», del Grifo y los incesantes y profundos sollozos de la Símil Tortuga. Alicia estaba a punto de levantarse y decir:

—Gracias, señor, por su interesantísima historia.

Pero no pudo evitar pensar que *seguramente* había algo más, de modo que se quedó sentada sin moverse ni decir nada.

—Cuando pequeños —siguió diciendo por fin la Símil Tortuga, un poco más tranquila, aunque sollozando todavía de vez en cuando— íbamos a la escuela en el mar. El maestro era una vieja Tortuga... Solíamos llamarlo Tortura... ^[52]

—¿Y por qué lo llamaban así? —preguntó Alicia.

—Porque nos torturaba con las lecciones —dijo la Símil Tortuga enojada—. ¡Qué tonta eres!

—¡Debería darte vergüenza hacer preguntas tan tontas! —agregó el Grifo.

Acto seguido los dos se sentaron en silencio mirando a la pobre Alicia, que deseaba que se la tragase la tierra. Por fin el Grifo le dijo a la Símil Tortuga:

—¡Vamos, viejo! ¡No vas a terminar nunca!

Y la Símil Tortuga siguió diciendo:

—Sí, íbamos a la escuela en el mar, aunque es posible que no lo creas...

—Nunca dije que no lo creyese —la interrumpió Alicia.

—Sí que lo hiciste —dijo la Símil Tortuga.

—¡Cierra el pico! —agregó el Grifo antes de que Alicia pudiese volver a hablar.

La Símil Tortuga siguió diciendo:

—Recibíamos una educación esmeradísima... es más, íbamos todos los días a la escuela...

—Yo también voy a la escuela todos los días —dijo Alicia—. No hay por qué vanagloriarse tanto...

—¿Con extras? —preguntó la Símil Tortuga con cierta ansiedad.

—Sí —dijo Alicia—: Música y Francés.

—¿Y Lavado? —preguntó la Símil Tortuga.

—¡Claro que no! —respondió Alicia indignada.

—¡Ah! Entonces no es una escuela demasiado buena —dijo la Símil Tortuga aliviada—. En la *nuestra*, en cambio, al final de la cuenta decía «Francés, Música y Lavado, extra»^[53].

—No les haría tanta falta —dijo Alicia—, viviendo como vivían en el fondo del mar.

—Yo no me lo podía permitir —dijo la Símil Tortuga con un suspiro—. Sólo seguía los cursos ordinarios.

—¿Y en qué consistían?

—Para empezar aprendíamos a lamer y a escupir, por supuesto —respondió la Símil Tortuga—, y después las diferentes ramas de la Aritmética: Ambición, Distracción, Nulificación y Sumisión. [\[54\]](#)

—Nunca oí hablar de Nulificación —se animó a decir Alicia—. ¿Qué es?

El Grifo levantó sus dos garras sorprendido.

—¡Nunca oíste hablar de nulificar algo! —exclamó—. Supongo que sabrás lo que es multiplicar.

—Sí —dijo Alicia, titubeando—, quiere decir hacer que crezca.

—Bueno, entonces —siguió el Grifo—, si no sabes lo que es nulificar eres una imbécil.

Alicia no se atrevía a hacer más preguntas, de modo que se volvió hacia la Símil Tortuga y dijo:

—¿Qué más aprendían?

—Bueno, teníamos Histeria —siguió la Símil Tortuga enumerando las materias con las aletas—. Histeria antigua y moderna, Marcografía. Nos enseñaban a burbujear... El maestro de Burbujear era un viejo congrio que venía una vez por semana. Con él aprendíamos a burbujear, a sacar bostezos, a pinchar al pastel. [\[55\]](#)

—¿Y eso qué era? —preguntó Alicia.

—Bueno, yo no te lo puedo mostrar —dijo la Símil Tortuga—. Estoy demasiado duro. Y el Grifo no aprendió nunca.

—No tenía tiempo, no tenía —dijo el Grifo—. Pero fui a un maestro de lenguas clásicas, en cambio. ¡Flor de cangrejo gruñón era ese! [\[56\]](#)

—Yo nunca asistí a sus clases —dijo la Símil Tortuga con un suspiro—. Enseñaba Patín y Friego, [\[57\]](#) según decían.

—Así es, así es —dijo el Grifo suspirando a su vez, y ambas criaturas ocultaron en rostro entre las manos.

—¿Y cuántas horas de clase tenían? —preguntó Alicia, apurada por cambiar de tema.

—Diez horas el primer día —dijo la Símil Tortuga—, nueve al siguiente, etcétera.

—¡Qué horario más raro! —exclamó Alicia.

—Porque eran horas de estudio ^[58] —observó el Grifo—, así que restábamos una por día.

La idea le resultaba totalmente novedosa a Alicia y le dio varias vueltas en la cabeza antes de hacer la siguiente observación:

—¿Entonces el día número once era feriado?

—Claro —dijo la Símil Tortuga.

—¿Y qué hacían al día siguiente? —siguió preguntando Alicia, muy intrigada.

—Basta de hablar de las clases —la interrumpió el Grifo con tono terminante—. ¡Ahora hay que contarle algo de los juegos!

X - La Cuadrilla de la Langosta

La Símil Tortuga suspiró profundamente y se cubrió los ojos con una de las aletas. Miró a Alicia y trató de hablar, pero durante un buen rato la ahogaron los sollozos.

—Ni que se hubiese atragantado con una espina —dijo el Grifo, y se puso a sacudirla y a golpearle la espalda.

Por fin la Símil Tortuga recuperó la voz y siguió diciendo mientras las lágrimas le corrían por las mejillas:

—Tal vez usted no haya vivido mucho tiempo en el fondo del mar... (—Tiene razón— dijo Alicia).

—... y tal vez ni siquiera le hayan presentado jamás a una langosta... (—Alicia empezó a decir:

—Una vez probé...

Pero se controló rápidamente y dijo:)

—No, nunca.

—... de modo que es posible que no tenga ni la menor idea de lo deliciosa que es la Cuadrilla de la Langosta. [\[59\]](#)

—Claro que no —dijo Alicia—. ¿Qué clase de baile es ese?

—Bueno —dijo el Grifo—, primero hay que alinearse en la costa...

—¡En doble fila! —gritó la Símil Tortuga—. Focas, tortugas, salmones y demás; después, cuando ya se sacaron las medusas del camino...

—Eso lleva su tiempo —lo interrumpió el Grifo.

—Hay que avanzar dos pasos.

—¡Cada uno con una langosta como pareja! —gritó el Grifo.

—Claro —dijo la Símil Tortuga—. ¡Avanzar dos pasos, formar parejas...

—... cambiar langostas y retirarse en el mismo orden! —completó el Grifo.

—Después, ya se sabe —retomó la Símil Tortuga— tirar...

—... las langostas! —gritó el Grifo pegando un brinco en el aire.

—... al mar, lo más lejos posible...

—¡A nadar tras ellas! —chilló el Grifo.

—¡Dar una voltereta en el mar! —gritó la Símil Tortuga con cabriolas enloquecidas.

—¡Cambiar de langostas otra vez! —aulló el Grifo desgañitando la voz.

—Vuelta a tierra y... fin de la primera figura —dijo la Símil Tortuga bajando de golpe la voz.

Y las dos criaturas, que habían estado saltando como locas todo el tiempo, se volvieron a sentar muy tristes y quietas y la miraron a Alicia.

—Debe de ser un baile muy lindo —dijo Alicia tímidamente.

—¿Te gustaría una pequeña demostración?

—Claro que sí —dijo Alicia.

—Vamos —le dijo la Símil Tortuga al Grifo—. ¡A ver si nos sale la primera figura! Se puede hacer sin langostas ¿no? ¿Quién canta?

—Canta tú —dijo el Grifo—. Yo me olvidé la letra.

De modo que comenzaron a danzar solemnemente dando vueltas y vueltas alrededor de Alicia, pisándole la punta de los pies de tanto en tanto cuando pasaban demasiado cerca, y

agitando las manos para marcar el tiempo mientras la Símil Tortuga cantaba muy lenta y tristemente:

La merluza le decía: —Apúrate— a un caracol.

El delfín ya está aquí cerca y la cola me pisó.

Las tortugas, las langostas ya empezaron a avanzar,
nos esperan en la costa, ven y vamos a bailar.

A que sí, a que no, a que sí, a que no.

Ven y vamos a bailar

A que sí, a que no, a que sí, a que no.

Ven y vamos a bailar.

No puedes imaginarte lo que vas a disfrutar

Cuando nos arrojen lejos con las langostas al mar.

—Es muy lejos —dijo el otro, con ojos de recular.

Agradeció a la merluza, prefería no bailar.

No quería, no podía, no quería, no podía.

Prefería no bailar.

No quería, no podía, no quería, no podía.

Prefería no bailar

—Y qué importa ir tan lejos —insistió otra vez el pez—

más allá hay otra costa, es muy cierto, vas a ver.

Si te alejas de Inglaterra más cerca de Francia estás,

no tiembles, caracolito, ven y vamos a bailar.

A que sí, a que no, a que sí, a que no.

Ven y vamos a bailar.

A que sí, a que no, a que sí, a que no.

Ven y vamos a bailar.

—Gracias, es un baile muy lindo de ver —dijo Alicia, contenta de que por fin hubiese terminado—. ¡Y cómo me gustó esa extraña canción acerca de la merluza!

—¡Oh, hablando de merluzas! —dijo la Símil Tortuga—. Supongo que habrás visto alguna.

—Sí —dijo Alicia—, vi muchas en la mes... —y se interrumpió de golpe.

—No tengo idea de dónde queda Lamés —dijo la Símil Tortuga— pero si viste tantas supongo que sabrás cómo son.

—Creo que sí —respondió Alicia pensativa—. Tienen la cola en la boca... y están cubiertas de miguitas de pan.

—Te equivocas con respecto a las miguitas —dijo la Símil Tortuga—, las miguitas se les saldrían en el mar. En cambio sí es verdad que tienen la cola en la boca y eso es porque...

Al llegar aquí la Símil Tortuga bostezó y cerró los ojos.

—Cuéntale ese asunto —le dijo al Grifo.

—Lo que pasó —dijo el Grifo— fue que resulta que fueron nomás a bailar con las langostas, y resulta que las tiraron al mar, y resulta que cayeron lejos, y resulta que se metieron enseguida la cola en la boca. Y no la pudieron volver a sacar. Eso es todo.

—Gracias —dijo Alicia—, es muy interesante. Nunca antes me había enterado de tantas cosas acerca de las merluzas.

—Puedo contarte más si te interesa —dijo el Grifo—. ¿A que no sabes por qué son blancas las merluzas?^[61]

—No sé, nunca se me ocurrió preguntar —dijo Alicia—. ¿Por qué?

—*Para lustrar los zapatos* —dijo el Grifo con aire solemne.

Alicia se quedó intrigadísima.

—¡Para lustrar los zapatos! —repitió sin entender.

—¡Claro! ¿Con qué lustras tus zapatos?

Alicia lo miró y pensó un poco antes de responder.

—Creo que les pasan negro de betún.^[62]

—Y bueno —siguió diciendo el Grifo con voz profunda—, en el mar nos lustramos los zapatos con blanco de merluzas. Ahora ya lo sabes.

—¿Y de qué están hechos los zapatos? —preguntó Alicia muy curiosa.

—De mero y anzuelas;^[63] cualquier camarón lo sabe.

—Si yo hubiese sido la merluza —dijo Alicia, que seguía pensando en la canción— le habría dicho al delfín: «¡quédate atrás, por favor! ¡No queremos que vengas con nosotros!».

—Es que tiene que llevarlo —dijo la Símil Tortuga—. Ningún pez sensato iría a ningún lado sin un delfín.

—¿Ah, no? —se sorprendió Alicia.

—Claro que no —dijo la Símil Tortuga—. Por ejemplo, si yo me encontrase con un pez y él me contase que está por irse de viaje yo le diría «¿con qué delfín?»^[64]

—¿No querrá usted decir «con qué fin»? —preguntó Alicia.

—Yo quiero decir lo que digo —respondió la Símil Tortuga con tono ofendido.

Y el Grifo agregó:

—A ver ¿por qué no nos cuentas algo de tus aventuras?

—Podría contarles mis aventuras... desde esta mañana —dijo Alicia con cierta timidez—, pero no vale la pena remontarse a ayer porque ayer yo era otra persona...

—Explícate —dijo la Símil Tortuga.

—¡No, no! Primero las aventuras —dijo el Grifo impaciente—. Las explicaciones no terminan nunca.

De modo que Alicia empezó a contarles sus aventuras desde el momento en que vio por primera vez el Conejo Blanco. Se sintió un poco nerviosa, al menos al empezar, tanto fue lo que se acercaron las dos criaturas y tan grandes abrieron los ojos y la boca. Pero se armó de coraje y siguió. Los oyentes se quedaron en perfecto silencio hasta que Alicia llegó a la parte esa en que había tenido que repetir *Eres viejo, padre William* a la Oruga y las palabras habían salido distintas.

La Símil Tortuga aspiró profundamente y dijo:

—¡Eso sí que es raro!

—Más raro imposible —dijo el Grifo.

—¡Salió todo distinto! —repitió pensativa la Símil Tortuga—. Me gustaría verlo. Que repita algo. Dile que empiece.

Miró al Grifo como si considerase que este tuviese algún tipo de autoridad sobre Alicia.

—Ponte de pie y repite *Es la voz del perezoso* —dijo el Grifo.

—¡Qué manía que tienen todas estas criaturas de andar dándole órdenes a una! —pensó Alicia—. A fin de cuentas es como estar en la escuela.

Sin embargo se puso de pie y empezó a repetir la poesía, pero tenía la cabeza tan ocupada con la Cuadrilla de la Langosta que casi no se daba cuenta de lo que decía y las palabras salían de manera extraña.

Es la voz de la langosta

que decía y yo escuché:

«Me han tostado demasiado,

mi pelo azucararé».

Lo que el pato con los párpados

él con la nariz va a hacer:

botones y cinto abrocha,

abre puntas de los pies.

Cuando la arena está seca

feliz como alondra está,

la oigo hablar con gran desprecio

del tiburón de alta mar.

Cuando sube la marea

y se acerca el tiburón

la escucho hablar suavemente,

le va temblando la voz.

—La que yo recitaba cuando era chico no sonaba así —dijo el Grifo.

—Bueno, es la primera vez que la escucho —dijo la Símil Tortuga— pero parece muy disparatada.

Alicia no dijo nada: se había sentado en el suelo con la cara entre las manos preguntándose si alguna vez las cosas iban a volver a suceder de una manera natural.

—Me gustaría que me lo explicasen —dijo la Símil Tortuga.

—Ella no te lo puede explicar —se apresuró a decir el Grifo—. Sigue con la otra estrofa.

—Pero ¿cómo es ese asunto de las puntas de los pies? —insistió la Símil Tortuga—. ¿Cómo hizo para abrirlas con la nariz?

—Es la primera posición en la danza —dijo Alicia, pero en realidad estaba espantosamente intrigada por todo ese asunto y ansiosa por cambiar de tema.

—Adelante con la otra estrofa —repitió el Grifo—. Empieza *Pasé junto a sus jardines*.

Alicia no se atrevía a desobedecer, aunque estaba convencida de que le iba a salir todo mal, y siguió diciendo con voz temblorosa:

Pasé junto a sus jardines

y con un solo ojo vi

cómo el búho y la pantera

pastel van a compartir.

A la pantera le toca

carne y masa del pastel;

y el pobre búho, en cambio,

sólo el plato va a lamer.

El pastel ya terminado

al búho se le dejó

que guardara la cuchara

en graciosa concesión

El tenedor y el cuchillo

la pantera recibió

y terminó su banquete

cuando el búho se c... [\[65\]](#)

—¿De qué sirve que repitas todo eso —la interrumpió la Símil Tortuga— si no explicas lo que estás diciendo? Nunca en mi vida escuché una cosa tan confusa.

—Sí, me parece mejor que te vayas de una vez —dijo el Grifo, y Alicia se sintió feliz de poder hacerlo.

—¿Hacemos otra figura de la Cuadrilla de la Langosta? —siguió diciendo el Grifo—, ¿o prefieres acaso que la Símil Tortuga te cante otra canción?

—Ah, sí, una canción, por favor, si es que la Símil Tortuga es tan amable —respondió Alicia, con tanta energía que el Grifo dijo en tono ofendido:

—¡Mmmmm! Sobre gustos no hay nada escrito. Cántale *Sopa de tortuga* ¿quieres, compañero?

La Símil Tortuga suspiró profundamente y empezó a cantar con la voz entrecortada por los sollozos.

Espléndida sopa, tan verde y espesa,
que estás esperándonos en la soperita.

¿Quién resiste una cosa tan exquisita?

Espléndida sopa, rica sopita.

Espléndida sopa, rica sopita.

Esplééndida soopita,

riica sopiita,

sopa de la noche, riquíisima sopa.

Espléndida sopa, ¿quién piensa en pescado

o en otro platillo muy elaborado?

Yo lo cambiaría todo por un pó

por un poquitito de espléndida so,

por un poquitito de espléndida só,

Espléndida soopa,

riica sopiita,

sopa de la noche,

riquíisima sopa.^[66]

—¡Otra vez! —gritó el Grifo.

La Símil Tortuga apenas había empezado a repetir la canción cuando se oyó a lo lejos un grito:

—¡Empieza el juicio!

—¡Vamos! —gritó el Grifo y, tomando a Alicia de la mano, se alejó apresuradamente sin esperar a que terminase la canción.

—¿De qué juicio se trata? —jadeó Alicia mientras corría.

Pero el Grifo sólo respondió:

—¡Vamos! —y corrió más rápido todavía, mientras se oían cada vez más débiles las tristes palabras que arrastraba la brisa:

Sopa de la noche,

riquíisima sopa.

XI - ¿Quién se robó las tartas?

Cuando llegaron, el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en su trono y los rodeaba una gran multitud: todo tipo de pajaritos y animalitos, además del mazo de cartas en pleno. La Sota estaba de pie delante de ellos, encadenada, con un soldado a cada lado para custodiarla.

Cerca del Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra.

Justo en el centro del tribunal había una mesa, con una gran fuente de tartas encima. Parecían tan ricas que Alicia no pudo menos que sentir apetito al verlas.

«¡Ojalá termine pronto el juicio —pensó—, así sirven el refrigerio!».

Pero no parecía haber esperanzas de que sucediese eso, de modo que Alicia empezó a mirar todo lo que la rodeaba para pasar el tiempo.

Alicia no había estado nunca antes en un tribunal pero había leído acerca de ellos en los libros, y se sintió complacida cuando se dio cuenta de que sabía el nombre de casi todas las cosas.

«Ese es el juez —se dijo—, porque tiene esa enorme peluca».

El juez, entre paréntesis, no era otro que el Rey, y como se había puesto la corona arriba de la peluca (observen la página ^{xii} si desean saber cómo se las ingeniaba) no parecía sentirse nada cómodo y tampoco estaba muy elegante que digamos.

«Y ese es el estrado del jurado —pensó Alicia—; y esas doce criaturas (*tenía* que decir “criaturas” ¿saben?, porque algunos eran mamíferos y otros eran pájaros) supongo que serán los juramentados».

Se repitió dos o tres veces esta última palabra, ya que consideraba —con todo derecho— que muy pocas niñas de su edad conocían su significado. Sin embargo habría alcanzado con

llamarlos «miembros del jurado».

Los doce jurados sin excepción estaban muy atareados escribiendo en sus pizarras.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó Alicia al Grifo en un susurro—. No tienen nada que escribir, si el juicio no empezó todavía.

—Están escribiendo sus nombres —respondió el Grifo en el mismo tono—, no vaya a ser que se los olviden antes de que termine el juicio.

—¡Qué estúpidos! —empezó a decir Alicia en voz alta e indignada; pero se detuvo bruscamente porque el Conejo Blanco gritó:

—¡Silencio en la corte!

Y el Rey se calzó los anteojos y miró ansiosamente a su alrededor para averiguar quién había hablado.

Alicia notó con toda claridad, como si estuviese espiando por encima de sus hombros, que todos los miembros del jurado estaban escribiendo «¡Qué estúpidos!», en sus pizarras, y notó incluso que uno de ellos no sabía cómo se escribía «estúpidos» y le pedía información a su vecino de banco.

«¡Lindo lío van a armar en esas pizarras antes de que termine el juicio!», pensó Alicia.

Uno de los jurados tenía una tiza que chirriaba. Y eso, por supuesto, era algo que Alicia no podía tolerar, de modo que dio vuelta a la sala hasta quedar detrás de él y pronto encontró la oportunidad de sacársela. Lo hizo tan velozmente que el pobrecito jurado (se trataba de Bill, la lagartija) no pudo establecer qué se había hecho de ella; de modo que después de buscarla un buen rato se vio obligado a escribir con el dedo por el resto del día, y eso resultaba poco práctico ya que no quedaban huellas del trazo en la pizarra.

—¡Heraldo! ¡Lea la acusación! —gritó el Rey.

Al oír eso el Conejo Blanco sopló tres veces la trompeta, luego desplegó el pergamino y leyó:

La Reina de Corazones

cocinó las ricas tartas

en un día de verano.

La Sota de Corazones

se robó las ricas tartas,

muy lejos las ha llevado.^[67]

—Consideren su veredicto —le dijo el Rey al Jurado.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! —lo interrumpió apresuradamente el Conejo Blanco—. ¡Falta mucho para eso!

—Que comparezca el primer testigo —dijo el Rey.

Y el Conejo Blanco sopló tres veces la trompeta y llamó:

—¡El primer testigo!

El primer testigo era el Sombrerero. Entró con una taza de té en una mano y un pedazo de pan con manteca en la otra.

—Pido mil disculpas por traer esto, Su Majestad —empezó a decir—; pero no había terminado de tomar el té cuando me mandaron llamar.

—Ya debería haber terminado —dijo el Rey—. ¿Cuándo empezó?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que lo había seguido hasta la corte del bracete con el Lirón.

—Creo que fue el catorce de marzo —dijo.

—El quince —replicó la Liebre de Marzo.

—El dieciséis —dijo el Lirón.

—Anoten eso —dijo el Rey dirigiéndose al jurado, y los jurados anotaron enérgicamente las tres fechas en sus pizarras, las sumaron y redujeron el resultado a chelines y peniques

—¡Sáquese su sombrero! —le dijo el Rey al Sombrerero.

—No es mío —respondió el Sombrerero.

—¡Robado! —exclamó el Rey volviéndose hacia el jurado, que de inmediato redactó un memorándum para registrar ese hecho.

—Lo tengo en venta —agregó el Sombrerero para explicarse—; no tengo sombrero propio, soy un sombrero.

Al llegar a ese punto la Reina se puso sus anteojos y clavó la vista en el Sombrerero, que se puso pálido y empezó a moverse de un lado a otro intranquilo.

—Presente su testimonio —dijo el Rey—, y no se ponga nervioso o lo mando ejecutar de inmediato.

Esas palabras no parecían las más apropiadas para darle ánimo al testigo, que no cesaba ni por un momento de pasar el peso del cuerpo de uno al otro pie, mientras miraba con recelo a la Reina. Tan confuso estaba que le dio un mordisco a la taza en vez de dárselo a la rebanada de pan con manteca.

Y fue precisamente en ese momento que Alicia experimentó una extraña sensación, que al principio la desconcertó bastante hasta que por fin se dio cuenta de que estaba empezando a crecer nuevamente. Primero pensó en levantarse y abandonar la corte, pero luego decidió

quedarse donde estaba mientras hubiese sitio para ella.

—Por favor, ¿sería tan amable de no apretujarme tanto? —dijo el Lirón, que estaba sentado junto a ella—. Casi no puedo respirar.

—No puedo evitarlo —dijo Alicia con gran humildad—. Estoy creciendo.

—No tiene ningún derecho a crecer aquí —dijo el Lirón.

—¡No diga disparates! —dijo Alicia con más atrevimiento—, usted bien sabe que también usted está creciendo.

—Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable —dijo el Lirón—, y no de ese modo ridículo.

Y se puso de pie enfurruñado y se mudó al otro extremo de la corte.

La Reina no había cesado ni por un momento de mirar fijamente al Sombrerero y, precisamente cuando el Lirón cruzó el salón, le dijo a uno de los oficiales de la corte.

—¡Tráigame la lista de los cantantes del último concierto!

Y esas palabras hicieron temblar tanto al desdichado Sombrerero que se le salieron los dos zapatos.

—¡Su testimonio! —repitió el Rey enojado—, o lo mando ejecutar, se ponga o no nervioso.

—Soy un pobre hombre, Su Majestad —empezó a decir el Sombrerero con voz temblorosa—, y ni siquiera había empezado a tomar el té... hace apenas una semana o algo así... y para colmo las rebanadas de pan con manteca que cada vez son más delgadas... y brilla, brilla mi tecito, y ese titilar...

—¿Qué titilar? —lo interrumpió el Rey.

—Bueno, empezó con mi té... —dijo el Sombrerero.

—¡Claro que «titilar» empieza con T, su T o cualquier otra T! —lo interrumpió el Rey muy

cortante—. ¿Me está tomando por idiota? ¡Vamos, siga!

—Soy un pobre hombre —siguió diciendo el Sombrero—, y después del tecito empezaron a brillar casi todas las cosas... pero la Liebre de Marzo dijo:

—No es cierto —se apuró a interrumpirlo la Liebre de Marzo.

—¡Sí! —dijo el Sombrero.

—Lo desmiento —dijo la Liebre de Marzo.

—Lo desmiento —dijo el Rey—, borren eso último.

—Bueno, como sea, el Lirón dijo... —siguió el Sombrero mirando ansioso a su alrededor para ver si el Lirón también pensaba desmentirlo; pero el Lirón no estaba en condiciones de desmentir a nadie, puesto que estaba profundamente dormido.

—Después —siguió el Sombrero— corté otra rebanada de pan...

—Pero ¿qué fue lo que dijo el Lirón? —preguntó uno de los jurados.

—De eso no me acuerdo —dijo el Sombrero.

—*Tiene* que acordarse —señaló el Rey—, o lo mando ejecutar.

El pobre Sombrero dejó caer su taza de té y su rebanada de pan con manteca e hincó una rodilla en el suelo.

—Soy un pobre hombre, Su Majestad —empezó a decir.

—Es un *pobrísim*o orador, eso sí —dijo el Rey.

Uno de los cobayos intentó festejar con aplausos esas palabras, pero su intento fue reprimido de inmediato por los oficiales de la corte. (Como «reprimir» es un término bastante fuerte, voy a explicarles cómo se llevó a cabo este acto. Tenían una gran bolsa de lona, que se cerraba con cordones; y bien, adentro de esa bolsa colocaron al cobayo, cabeza abajo. Luego se le

sentaron encima).

«Me alegro de haber visto exactamente cómo se hace —pensó Alicia—. Tantas veces leí en el diario que al terminar un juicio hubo amagos de aplausos, reprimidos de inmediato por los oficiales de la corte y hasta hoy no sabía a qué se referían».

—Si eso es todo lo que sabe puede bajar del estrado —dijo el Rey.

—No puedo bajar más —dijo el Sombrerero—, ya estoy en el suelo.

—Entonces siéntese ^[70] —dijo el Rey.

Al oír esto el otro cobayo aplaudió y también fue reprimido.

«¡Bueno, se acabaron los cobayos! —pensó Alicia—. Ahora todo va a andar mejor».

—Preferiría terminar mi té —dijo el Sombrerero, mirando ansioso a la Reina, que estaba leyendo la lista de los cantantes.

—Puede retirarse —dijo el Rey, y el Sombrerero abandonó la corte apresuradamente, sin siquiera aguardar a calzarse los zapatos.

—... y que le corten la cabeza cuando salga —agregó la Reina, dirigiéndose a uno de los oficiales.

Pero el Sombrerero ya se había perdido de vista antes de que el oficial hubiese llegado a la puerta.

—¡Que comparezca el testigo siguiente! —ordenó el Rey.

El testigo siguiente era la cocinera de la Duquesa. Elevaba una caja de pimienta en la mano y Alicia pudo adivinar de quién se trataba aun antes de que entrase en la sala por el modo en que empezaron a estornudar al unísono todos los que estaban cerca de la puerta.

—Presente su testimonio —dijo el Rey.

—Ni pienso —dijo la cocinera.

El Rey miró interrogativamente al Conejo Blanco y este musitó:

—Su Majestad debe interrogar con todo detenimiento a este testigo.

—Bueno, si hay que hacerlo hay que hacerlo —dijo el Rey con aire melancólico y, después de cruzarse de brazos y fruncirle tanto el ceño a la cocinera que hizo desaparecer prácticamente los ojos detrás de las cejas, dijo con voz profunda. —¿De qué están hechas las tartas?

—De pimienta, sobre todo —dijo la cocinera.

—Melaza —dijo una voz soñolienta a sus espaldas.

—¡Que ahorquen a ese Lirón! —chilló la Reina—. ¡Que le corten la cabeza! ¡Que lo echen de la corte! ¡Que lo supriman! ¡Que lo pellizquen! ¡Que le arranquen los bigotes!

Durante algunos minutos la corte en pleno quedó sumida en la confusión, mientras echaban fuera al Lirón, y cuando volvió a reinar la calma la cocinera ya había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey con tono aliviado—. ¡Que comparezca el próximo testigo!

Y agregó en voz baja a la Reina:

—Querida, por favor, interroga tú al próximo testigo. ¡Me da dolor de cabeza!

Alicia miró al Conejo Blanco, que examinaba muy nervioso la lista; sentía gran curiosidad por saber qué tal sería el próximo testigo.

«Por ahora no atestiguaron mucho que digamos», pensó.

Imaginen, pues, su sorpresa cuando el Conejo Blanco leyó, forzando al máximo su vocecita chillona:

—¡Alicia!

XII - El testimonio de Alicia

—¡Presente! —gritó Alicia, sin acordarse, en la confusión del momento, de lo mucho que había crecido en los últimos minutos, y se puso de pie de un salto tan brusco que volcó el estrado del jurado con el borde de la pollera, derramando a todos sus miembros de cabeza sobre el público reunido abajo. Y allá quedaron todos tirados; al verlos Alicia no pudo menos que recordar esa pecera de pececitos dorados que había volcado sin querer la semana anterior.

—¡Oh! Disculpen, por favor —exclamó desolada, y empezó a recogerlos lo más rápidamente que pudo, ya que el incidente de la pecera seguía dándole vueltas en la cabeza, y tenía la vaga sensación de que había que recogerlos cuanto antes y volver a ponerlos en el estrado porque si no morirían.

—El juicio no puede continuar —dijo el Rey con voz grave—, hasta tanto los jurados no vuelvan a sus lugares... *todos* los jurados —repitió con gran énfasis clavando los ojos en Alicia.

Alicia miró hacia el estrado y vio que, con el apuro, había colocado a la Lagartija cabeza abajo, y el pobre animalito estaba balanceando la cola melancólicamente, sin poder moverse. Lo sacó de inmediato y lo colocó correctamente.

«No creo que tenga tanta importancia —se dijo—. Me temo que es tan útil en este juicio cabeza arriba como cabeza abajo».

En cuanto los miembros del jurado se repusieron de la conmoción que les produjo el que los derramaran por el suelo y recuperaron sus pizarras y sus tizas, se pusieron a trabajar con gran diligencia, escribiendo una historia del accidente, salvo Bill, la Lagartija, que parecía estar demasiado sobrecogido como para hacer nada que no fuese quedarse sentado con la boca abierta y con los ojos fijos en el cielorraso de la corte.

—¿Qué sabes tú de este asunto? —le preguntó el Rey a Alicia.

—Nada —dijo Alicia.

—¿Nada *en absoluto*? —insistió el Rey.

—Nada en absoluto —dijo Alicia.

—Eso es muy importante —dijo el Rey volviéndose hacia el jurado.

Los miembros del jurado estaban comenzando apenas a escribir esto en las pizarras cuando el Conejo Blanco los interrumpió:

—Su Majestad quiere decir que es muy *poco* importante —dijo con tono respetuoso pero frunciendo el ceño y haciéndole gestos al Rey mientras hablaba.

—Claro, poco importante, eso es lo que quise decir —se apresuró a confirmar el Rey, y siguió diciéndose en voz baja—:... importante... poco importante... poco importante... importante —como si quisiese decidirse por la fórmula que sonase mejor.

Algunos miembros del jurado anotaron «importante» y otros «poco importante».

Alicia lo notó porque estaba lo suficientemente cerca de ellos como para espiar sus pizarras.

«Pero lo mismo da», pensó.

En ese momento el Rey, que había estado atareado escribiendo algo en su cuaderno, gritó:

—¡Silencio!

Y leyó del cuaderno:

—Regla cuarenta y dos. Todas las personas de más de una milla de alto deben abandonar la corte.

Todo el mundo miró a Alicia.

—Yo no mido una milla —dijo Alicia.

—Sí —dijo el Rey.

—Casi dos —agregó la Reina.

—Bueno, sea como sea, no me voy —dijo Alicia—; y además esa regla no vale: la acaba de inventar en este momento.

—Es la regla más antigua del cuaderno —dijo el Rey.

—Entonces debería ser la número uno —dijo Alicia.

El Rey se puso pálido y se apresuró a cerrar el cuaderno.

—Consideren su veredicto —dijo al jurado en voz baja y temblorosa.

—Por favor, Su Majestad, faltan algunas pruebas —dijo el Conejo Blanco poniéndose de pie muy apurado—: acaba de encontrarse este papel.

—¿Qué dice? —preguntó la Reina.

—Todavía no lo abrí —dijo el Conejo Blanco—, pero parece una carta escrita por el prisionero a... a alguien.

—Eso debe de ser —dijo el Rey—, salvo que se la haya escrito a nadie, lo que no es muy usual, como bien se sabe.

—¿A quién está dirigida? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—No está dirigida a nadie —dijo el Conejo Blanco—; en realidad no hay nada escrito del lado de *afuera*.

Desplegó el papel mientras hablaba y agregó:

—No es una carta, a fin de cuentas. Son unos versos.

—¿Letra del prisionero? —preguntó otro miembro del jurado.

—No —dijo el Conejo Blanco—, y eso es lo más raro de todo.

(Todos los miembros del jurado se mostraron desconcertados).

—Debe de haber imitado la letra de otro —dijo el Rey.

(Los miembros del jurado aclararon su expresión).

—Por favor, Su Majestad —dijo la Sota—, yo no lo escribí y no pueden probar que lo haya hecho: no tiene firma.

—Si no lo firmaste —dijo el Rey—, eso no hace más que empeorar tu situación. Seguramente estabas planeando algún daño. De lo contrario habrías estampado tu firma como un hombre honrado.

Hubo un aplauso general: era la primera cosa inteligente que había dicho el Rey en todo el día.

—Eso demuestra su culpa, claro está —dijo la Reina—, así que, que le corten...

—¡No prueba nada de eso! —dijo Alicia—. ¡Si ni siquiera saben qué dice!

—Léalo —dijo el Rey.

El Conejo Blanco se puso los anteojos.

—¿Por dónde empiezo. Majestad? —preguntó.

—Empiece por el comienzo —dijo el Rey muy solemne— y siga hasta llegar al final; allí para.

Hubo silencio total en la corte mientras el Conejo Blanco leyó estos versos:

Me dijeron que tú fuiste a verla

y que a él le contaste de mí:

aunque ella habló de mi buen carácter

admitió que a nadar no aprendí.

Avisó él que yo no había ido

(la verdad sabemos que fue así):

pero si ella sigue con el tema

me pregunto qué va a ser de ti.

A ella le di una, a él le dieron dos,

y tú nos diste tres o más de tres,

y de él pasaron de vuelta a ti,

aunque ya antes yo las detenté.

Y si acaso todos estos líos

nos afectan a ella o a mí,

él espera que tú los liberes,

como libre tú fuiste y yo fui.

Lo que a mí me parece es que fuiste

(antes que a ella le diera el acceso)

la barrera que se levantaba

entre él y nosotros y eso.

No permitas que él vaya a enterarse

de que a ella le gustaban más,
es algo que tú y yo compartimos,
y un secreto para los demás. [\[68\]](#)

—Se trata de la prueba más importante que hayamos oído —dijo el Rey frotándose las manos—, de modo que ahora el jurado...

—Si es que alguien puede explicarlo —dijo Alicia (había crecido tanto en ese último rato que no tenía el menor miedo de interrumpirlo)—. Le doy seis peniques al que me lo explique. No creo que haya ni un átomo de sentido en todo eso.

Todos los miembros del jurado anotaron en sus pizarras: «*Ella* no cree que haya ni un átomo de sentido en todo eso», pero ninguno trató de explicar lo que decía el papel.

—Si no tiene sentido —dijo el Rey—, tanto mejor, nos ahorramos mucho trabajo, ya que no tenemos que tratar de encontrárselo. Y sin embargo... —siguió diciendo mientras desplegaba el papel sobre sus rodillas y lo miraba con un ojo—... a fin de cuentas me parece ver cierto sentido... «admitió que a nadar no aprendí...». ¿Tú no sabes nadar, no es cierto? —preguntó volviéndose hacia la Sota.

La Sota sacudió la cabeza tristemente.

—¿Tengo aspecto de saber nadar? —dijo. (Y por cierto que no, dado que su cuerpo estaba hecho totalmente de cartulina).

—Hasta aquí vamos bien —dijo el Rey, y siguió repitiéndose los versos en un murmullo—:... «la verdad sabemos que fue así»... Se refiere al jurado, claro... «pero si ella sigue con el tema...», esto debe de referirse a la Reina... «me pregunto qué va a ser de ti...», sí, eso me pregunto yo. «A ella le di una, a él le dieron dos...», pero ¡claro!, eso debe de ser lo que hicieron con las tartas...

—Pero sigue diciendo «y de él pasaron de vuelta a ti» —dijo Alicia.

—¡Y bueno, aquí están! —dijo el Rey triunfante, señalando las tartas que estaban sobre la mesa—. Más claro imposible. Y leyó «... antes que a ella le venga el acceso...». ¿A ti nunca te vienen accesos, no es cierto, querida? —le preguntó a la Reina.

—¡Nunca! —gritó la Reina furiosa, y le arrojó un tintero a la Lagartija mientras hablaba.

(El desdichado Bill, que había dejado de escribir con el dedo porque no dejaba huella en la pizarra, se apresuró a retomar su tarea, utilizando, mientras durara, la tinta que le corría por la cara).

—Si los accesos no le vienen, estos versos no convienen ^[69] —dijo el Rey mirando al público con una sonrisa.

Hubo un silencio sepulcral.

—¡Es un juego de palabras! —agregó el Rey con voz enojada, y todo el mundo se rió.

—¡Que el jurado considere el veredicto! —dijo el Rey por vigésima vez en el día.

—¡No, no! —exclamó la Reina—. Primero la sentencia..., después el veredicto.

—¡Pavadas y disparates! —gritó Alicia en voz bien alta—. ¿A quién se le ocurre dictar primero la sentencia?

—¡Cállate la boca! —gritó la Reina poniéndose púrpura.

—¡No! —dijo Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —gritó la Reina con voz agudísima.

Nadie se movió.

—¿A quién le importa lo que ustedes digan? —dijo Alicia (que para entonces ya había terminado de crecer a su tamaño normal)—. ¡Si no son más que un mazo de cartas!

Cuando dijo eso el mazo en pleno se elevó en el aire y voló en dirección a su cara. Alicia dio un chillido, mezcla de temor y de furia, y trató de sacárselo de encima. Fue entonces que se encontró acostada junto a la orilla del río, con la cabeza apoyada en la falda de su hermana, que le apartaba suavemente las hojas secas que bajaban dando volteretas de los árboles y se le posaban en la cara.

—¡Despiértate, Alicita! —le decía—. ¡Qué siesta más larga que te hiciste!

—¡Tuve un sueño tan raro! —dijo Alicia.

Y le contó a su hermana, lo mejor que pudo, todas esas extrañas aventuras por las que había pasado y que ustedes acaban de leer.

Cuando terminó, la hermana le dio un beso y le dijo:

—Ya lo creo que fue un sueño raro, amorcito, pero, ahora a correr, que ya es la hora del té. Se está haciendo tarde.

De modo que Alicia se puso de pie y salió corriendo pensando mientras corría, como era de esperar, en el maravilloso sueño que había tenido.

Pero su hermana se quedó sentada con la cabeza apoyada en la mano, contemplando la puesta del sol y pensando en Alicia y en sus maravillosas Aventuras, hasta que, igual que Alicia, también ella se puso a soñar. Y este fue el sueño que tuvo:

Primero soñó con Alicita en persona: tenía una vez más las manitos sobre las rodillas y los ojos brillantes y serios clavados en los de ella... podía escuchar hasta la mínima inflexión de su voz y observar ese gesto tan suyo de sacudir apenas la cabeza para echar hacia atrás el cabello que siempre se le caía sobre los ojos... y, sin dejar de escuchar, o de parecer escuchar, todo lo que la rodeaba cobraba vida y se poblaba con las extrañas criaturas del sueño de su hermanita.

La larga hierba crujió a sus pies cuando el Conejo Blanco pasó corriendo... el Ratón asustado agitaba el agua del estanque vecino... se oía el tintineo de las tazas de té de la Liebre de Marzo y sus amigos, que compartían la eterna merienda, y la voz chillona de la Reina, que sentenciaba a muerte a sus desdichados huéspedes... el bebé-marrano volvía a estornudar en

la falda de la Duquesa, mientras alrededor de él se hacían añicos fuentes y platos... el aire se pobló otra vez con el chillido del Grifo, el chirrido de la tiza de la Lagartija y el sofocón de los cobayos reprimidos, todo mezclado con el lejano sollozar de la Símil Tortuga.

De modo que se quedó sentada, con los ojos cerrados, y casi se sintió en el País de las Maravillas, aunque sabía que no tenía más que volver a abrirlos y todo retornaría a la opaca realidad: solo la hierba agitada por el viento, y el agua murmurando entre los juncos bamboleantes... El tintineo de las tazas de té se convertiría en el repicar de los cencerros de las ovejas, y los agudos chillidos de la Reina en la voz del pastor... y el estornudo del bebé y el chillido del Grifo y todos los otros ruidos extraños se convertirían (lo sabía muy bien) en el abigarrado clamor de la granja atareada, mientras el mugido del ganado distante reemplazaría el profundo sollozar de la Símil Tortuga.

Por último se imaginó cómo esa misma hermanita suya se convertiría, con el tiempo, en una mujer grande, y cómo mantendría, a lo largo de sus años adultos, ese corazón sencillo y cálido de la niñez; y cómo reuniría alrededor de ella a otros niños, y cómo los ojos de esos niños brillarían ansiosos al oír algún cuento extraño, tal vez incluso ese sueño del País de las Maravillas de tanto tiempo atrás; y cómo ella compartiría con esos niños todas sus penas sencillas y encontraría placer en todas sus alegrías sencillas, al recordar su propia niñez y los felices días del verano.

En esta tarde dorada^[1]

nos deslizamos muy lentos,

pues los remos los manejan

bracitos muy poco diestros,

mientras manitos pequeñas

quieren guiar el paseo.

¡Ay, las tres crueles que entonces,

bajo un clima tan de ensueño,

del que no mueve una hojita

con su aliento piden cuentos!

¿Pero qué puede una voz

contra ese trío de ruegos?

Prima lanza duro edicto:

«¡que empiece ya!», fulminante.

Más gentil Secunda pide

«que haya muchos disparates».

Solo una vez por minuto

comentarios Tertia le hace.

Se hace súbito el silencio

y ellas siguen en su ensueño

a la niña que recorre

ese mundo extraño y nuevo,

donde aves y bestias charlan...

¡Si casi parece cierto!

Cuando el cuento declinaba

por exhausta fantasía

y ese pobre fatigado

abandonarlo quería,

a «otra vez les cuento el resto»

«ya es otra vez» respondían.

Y el País de Maravillas

con sus rarezas creció

cincelado poco a poco.

Ahora el cuento se acabó:

ya es de noche y vuelve a casa

la feliz tripulación.

¡Alicia!, te entrego el cuento,

ponlo suave donde enlaza

su guirnalda la Memoria

con los sueños de la Infancia,

como la del peregrino,

seca ya, de flor lejana.